

**LA DIMENSION POLITICA EN LOS DISCURSOS FEMINISTAS DE “TERCERA
OLA”: UNA REFLEXIÓN A PARTIR DE LA ANALITICA DEL PODER DE MICHEL
FOUCAULT**

POR:

MILENA MORA SERNA

TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR AL TÍTULO DE POLITÓLOGA

ASESOR:

EDWIN JADER SUAZA ESTRADA

**PROGRAMA DE CIENCIA POLÍTICA
FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS POLÍTICAS
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
MEDELLÍN
2013**

TABLA DE CONTENIDO

| | |
|---|-----------|
| INTRODUCCIÓN..... | 4 |
| CAPITULO 1 | |
| LECTURAS CRUZADAS: Foucault, cuerpo, sexo, género, la historia y la praxis..... | 8 |
| 1.1. La “caja de herramientas”: del método a las lecturas del cuerpo..... | 9 |
| 1.2. Poder y Resistencia: Las practicas de los sujetos virtuales "Libres"..... | 15 |
| 1.3. De Genero, sexo e Historia: Apuntes para una mejor comprensión de los feminismos contemporáneos..... | 19 |
| CAPITULO 2. | |
| LAS OLAS DEL FEMINISMO: discursividades, devenires y resignificaciones..... | 24 |
| 2.1. Contexto histórico del feminismo..... | 25 |
| 2.2 La primera "ola" del feminismo y la aparición de las sufragistas: en búsqueda de la reivindicación por la igualdad y el reconocimiento por la ciudadanía..... | 26 |
| 2.2.1 Las sufragistas..... | 27 |
| 2.3. Segunda "ola" feminista y sus nuevos devenires idealistas..... | 31 |
| 2.3.1. Socialismo Marxista y la cuestión femenina..... | 31 |
| 2.3.2. Una lucha alcanzada y una nueva puesta en escena de la segunda "ola" feminista..... | 32 |
| 2.3.3 El feminismo liberal..... | 33 |
| 2.3.4. Feminismo radical..... | 35 |
| 2.3.5. Feminismo Cultural..... | 38 |
| 2.4 Tercera “ola” feminista: de la universalización a las particularidades propias de la diversidad..... | 39 |
| CAPITULO 3. | |
| DE UNIVERSALES, ANTIESENCIALISMOS, POLÍTICAS Y POSIBILIDADES: (des)encuentros entre la analítica de Foucault y los feminismos de “tercera ola”..... | 48 |
| 3.1 Una presencia difusa: el <i>sujeto</i> mujer en la obra de Foucault..... | 50 |
| 3.2. Desencuentros: de la negación de una analítica femenina la asunción de un discurso misógino de la razón occidental..... | 55 |

| | |
|--|-----------|
| 3.3. Encuentros: de antiesencialismos y sujetos no universales..... | 61 |
| REFLEXION FINAL: De la defensa de la libertad a los feminismos ¿sin “mujeres”?..... | 65 |
| BIBLIOGRAFIA..... | 70 |

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas del siglo XX el feminismo transformó sus lineamientos y encontró un nuevo avistamiento orientado hacia la defensa de los derechos enfocados en la diversidad, marcando así un factor diferenciador sobre las demás etapas o conocidas “olas” del feminismo, donde a través de los años se consolidó una única visión que generalizó necesidades y derechos de las mujeres. A partir de esta etapa se inició la consolidación y propagación de nuevos discursos defensores de la diversidad y la diferenciación, desde este punto surge la pretensión de este trabajo ya que está encaminada al análisis de la dimensión política en los discursos feministas de tercera “ola” a partir de la analítica del poder en Michel Foucault.

Este pensador francés se ha tomado como referente, entre otros, para la teorización del pensamiento y la práctica feminista, entendida ésta como una práctica discursiva que obtiene su dimensión política mediante un vínculo directo con las situaciones estratégicas e históricas que contesta y pretende transformar. Como parte de ese encuentro discursivo ha sido objeto de diversas lecturas, que van desde el evidente rechazo de algunas teóricas feministas hasta la alianza estratégica y productiva que han elaborado los llamados “feminismos foucaultianos”, que ven en la propuesta analítica del autor *“(…) una fastuosa caja de herramientas que ofrece conceptos brillantes, instrumentos operativos e incitaciones originales”* (Perrot, 1997, p. 104), todos ellos inquietantes y fértiles terrenos de reflexión y revisión continua de sus prácticas y discursos.

Como posibilidad de un aparato conceptual que permita una lectura cruzada con el pensamiento feminista consideramos a Foucault un interlocutor más que válido, este es, oportuno, pertinente y necesario. Puesto que su propuesta analítica, *“(…) no supone fundamentos correctos para la práctica política pero ello no impide las denuncias concretas y furibundas que salpican su obra. No dice qué debe hacerse, pero muestra la contingencia de lo que aparece como inevitable, intentado, por otro lado, rescatar las posibilidades de socavarlo”* (Amigot; Pujal, 2006, p. 115). Que sea concretamente aquello que hay que resistir o modificar resulta en sus textos una propuesta abierta y circunscrita a la actualidad histórica. A nuestro entender y más allá de las críticas recibidas por diversas corrientes del pensamiento feminista, su lectura

no resulta en una desactivación de lo político entre éste y los feminismos; por el contrario, se pueden extraer de ella elementos para articularlos, pues evita establecer principios trascendentes o absolutos.

Es así que partiendo de la posibilidad y pertinencia de establecer un dialogo entre Foucault y el feminismo, y manteniendo las diferencias y las tensiones que les son constitutivas, esta monografía mediante un abordaje metodológico fundamentalmente descriptivo y comprensivo de documentos teóricos, se propone problematizar algunos aspectos del pensamiento feminista, en especial aquel enmarcado en la praxis discursiva de la llamada “tercera ola”. Esto, a partir de la mirada y algunas de las herramientas analíticas aportadas por la obra de Foucault. Creyendo que las (los) feministas pueden operar, a partir de las comprensiones conceptuales desarrolladas por Foucault, en la deconstrucción de los discursos hegemónicos acerca de los sujetos, los sexos y de los géneros, como también los foucaultianos pueden igualmente enriquecer sus análisis a través de la incorporación de las problematizaciones feministas.

En este orden de ideas, las páginas que a continuación se presentan apuntarán a identificar y comprender la dimensión política de los discursos feministas de “tercera ola” bajo la mirada de la analítica del poder de Michel Foucault, en dos dimensiones: En el terreno de lo teórico-descriptivo nos haremos preguntas como: *¿Qué parámetros conceptuales definen la analítica del poder propuesta por Foucault? ¿Cuáles elementos y comprensiones teóricas sirven de puntos de clivaje y asociación en una lectura foucaultiana del pensamiento feminista? ¿Cómo se han abordado los principales conceptos asociados al pensamiento feminista en las diferentes etapas u “olas” de acción y reflexión? ¿Cuáles son los límites y alcances de las propuestas feministas de “tercera ola”? ¿Cómo incide la recepción de la analítica del poder de Foucault en las comprensiones que los feminismos de “tercera ola” han realizado en relación al sujeto, el poder y los estados de dominación?* Pretendemos así una lectura que agrupe, en primer lugar, varias de las inquietudes que confluyen en los estudiosos feministas contemporáneos; y segundo, algunas lecturas complementarias a las tensiones derivadas del ejercicio del poder en relación a grupos o minorías históricamente marginadas. Por otro lado, en una dimensión más comprensiva del corpus teórico a analizar, se apuntará a hacer una reflexión que dé cuenta de la manera en que el

pensamiento feminista de tercera “ola” confluye y dialoga con una propuesta analítica del poder, en donde el sujeto y su praxis son una construcción contingente, desligada de pretensiones esencialistas y universalistas del conocimiento.

Ahora, la monografía de grado se estructura en tres capítulos y un apartado de reflexiones. El capítulo 1 bajo el título **“LECTURAS CRUZADAS: Foucault, cuerpo, sexo, género, la historia y la praxis”**, señala las puertas de entrada de carácter conceptual y teórico, las cuales se transitarán en varios momentos, así: en un primer momento, describiendo la forma en que Michel Foucault asume el estudio de la historia en tanto producción de saber que le permite una constante crítica de la realidad y de su propio ejercicio analítico, lo cual se relaciona directamente con la función que Foucault le asigna a la genealogía en tanto vía de análisis y táctica que le permitirá, apartarse del discurso teórico unitario, formal y científico del poder, propio de la teoría política clásica y emprender una suerte de lucha que rompe con el sometimiento de los saberes históricos y con pretensiones universalizantes. Las mismas que se expresarán en forma de prácticas y ejercicio de poderes, que tiene como su principal destinatario el cuerpo del sujeto, bien sea considerado individualmente, o en su forma colectiva; en un segundo momento mediante el acercamiento a la idea Foucaultiana de resistencia frente al poder, la cual sume que en toda relación de poder hay inherente y sucesiva a ella una resistencia correspondiente; por último, se harán algunas lecturas de problematizaciones relevantes en relación a las nociones de sexo y género, categorías de análisis y cambio a partir de las cuales se estructuran los feminismos contemporáneos.

El capítulo 2 **“LAS “OLAS” DEL FEMINISMO: discursividades, devenires y resignificaciones”**, plantea un recorrido histórico y comprensivo de los discursos feministas desde sus inicios y sus transformaciones, para luego llegar a profundizar en los discursos de tercera ola. Este apartado se asume en un primer momento un breve recorrido por el contexto histórico del feminismo y algunas posturas que pueden ser consideradas como antecedentes de este; luego se entra a especificar algunas de las diferencias en los postulados y propuestas de cada una de las olas del feminismo; la primera “ola” y su búsqueda incesable por la reivindicación de la igualdad y el reconocimiento por la ciudadanía, la segunda “ola” y la relación con nuevos ideales, pasando por el socialismo marxista, describiendo el feminismo liberal y su compromiso

con la consecución de la igualdad entre hombres y mujeres en todas las esferas de la convivencia social, y después vislumbrando un nuevo aire que toma la segunda “ola” con la llegada del radicalismo y sus derivaciones como lo es el feminismo cultural. De igual manera se intentan mostrar los objetivos, discursos y categorías de análisis de cada “ola”, para finalmente y como tercer momento ahondar y buscar centrar la atención sobre la dimensión política del feminismo de tercera “ola”.

El capítulo 3 **“DE UNIVERSALES, ANTIESENCIALISMOS, POLÍTICAS Y POSIBILIDADES: (des)encuentros entre la analítica de Foucault y los feminismos de “tercera ola”**”, básicamente aborda la “continuidad en la discontinuidad” de las formulaciones foucaultianas en relación a las estructuras básicas del pensamiento feminista, prestando especial atención a las lecturas divergentes en tanto terreno fecundo de comprensiones que se interpelan mutuamente y establecen conexiones móviles entre ellas. Las cuales partirán por ubicar desde una lectura de Historia de la sexualidad I, II y III algunos de los elementos analíticos que dan cuenta de la existencia de un sujeto mujer en la obra de Foucault, para luego mostrar aquellos puntos de distanciamiento y entronque discursivo entre la analítica del autor francés y algunas de las propuestas más significativas de los feminismos, y así, mostrar varios de los lugares de enunciación en los cuales es posible evidenciar un dialogo entre Foucault y los llamados “feminismos de tercera ola”.

Por último, en el apartado de **“REFLEXIÓN FINAL”**, de manera más comprensiva se concluye con una lectura que se ha titulado **“De la defensa de la libertad a los feminismos ¿sin “mujeres”?”** en la que se pretende articular una serie de problematizaciones, inquietudes y comprensiones, más allá de una síntesis de los elementos teóricos descriptos en el cuerpo del trabajo, se espera así dejar planteado una posible vía de análisis por donde transitar en futuras lecturas.

CAPÍTULO 1

LECTURAS CRUZADAS: Foucault, cuerpo, sexo, género, la historia y la praxis

La sexualidad forma parte de nuestro comportamiento, es un elemento más de nuestra libertad. La sexualidad es obra nuestra - es una creación personal y no la revelación de aspectos secretos de nuestro deseo-. A partir y por medio de nuestros deseos, podemos establecer nuevas modalidades de relaciones, nuevas modalidades amorosas y nuevas formas de creación. El sexo no es una fatalidad, no; es una posibilidad de vida creativa.

Michel Foucault

A modo de introducción

Si bien, nuestro interés es centrarnos en aquellos puntos en que Foucault confluye con el pensamiento feminista, en especial en la llamada de “tercera ola”. Se hace necesario, dar una mirada a algunos aspectos de su analítica del poder con el fin de ubicar a partir de ella los lazos teóricos de continuidad y los momentos de ruptura que nos servirán de base para una lectura que relaciones en una sola comprensión al discurso de Foucault, el pensamiento feminista, la política y el poder.

De ahí que, una aproximación a las comprensiones que nos proponemos nos lleve necesariamente a seguir una serie de líneas de puntos o pistas, que para el caso de la presente monografía se ubican; en un primer momento, en la forma en que el autor francés asume el estudio de la historia en tanto producción de saber que le permite una constante crítica de la realidad y de su propio ejercicio analítico, lo cual se relaciona directamente con la función que Foucault le asigna a la genealogía en tanto vía de análisis y táctica que le permitirá, apartarse del discurso teórico unitario, formal y científico del poder, propio de la teoría política clásica y emprender una suerte de lucha que rompe con el sometimiento de los saberes históricos y con pretensiones universalizantes. Las mismas que se expresarán en forma de prácticas y ejercicio de poderes, que tiene como su principal destinatario el cuerpo del sujeto, bien sea considerado individualmente, o en su forma colectiva; en un segundo momento, en la idea foucaultiana de resistencia frente al poder, la cual asume que en toda relación de poder hay inherente y sucesiva a ella una resistencia correspondiente, puesto que al igual que a todo lo largo y ancho de una red de micropoderes y relaciones de fuerza que interactúan sobre el cuerpo social, se expanden múltiples puntos o focos de

resistencia; por último, tenemos las problematizaciones que se le ha hecho a las nociones de *sexo* y *género*, categorías de análisis y cambio a partir de las cuales se estructuran los feminismos contemporáneos.

1.1. La “*caja de herramientas*”: del método a las lecturas del cuerpo

La obra el autor. La producción intelectual de Michel Foucault es descrita por él mismo como: “(...) *investigaciones fragmentarias, de las que ninguna, finalmente, llegó a su término, y que ni siquiera, tenían continuación; investigaciones dispersas, al mismo tiempo, muy repetitivas, que volvían a caer en los mismos caminos trillados en los mismos temas, en los mismos conceptos*” (Foucault, 2001, p. 17). De esta forma, el autor más que una autocrítica devela la riqueza de la línea de puntos o pistas –para quien quiera utilizarlas- que dejó con su obra, la cual es marcada por una variedad de continuidades, discontinuidades, diferencias, semejanzas, identidades y rupturas. Claras evidencias de un ejercicio intelectual realmente rico y crítico. Muestra de ello es que el mismo Foucault expresara que lo importante de su obra residía en:

(...) el hecho mismo de que no fuera a ninguna parte, en todo caso, que no se encaminara en una dirección determinada de antemano; [que fuera] como líneas de puntos (...) [agregando] A ustedes les tocará continuarlas o modificarlas; a mí, eventualmente, proseguirlas o darles otra configuración” (Foucault, 2001, p. 17).

En esta lógica, la investigación para Foucault en tanto construcción de la historia no es una descripción lineal que guarda su propio sentido al ser descrita, no parte de un principio orientador ni de una verdad absoluta, su estudio no es el de su desarrollo progresivo, sino el de sus diversos campos de constitución y validez. Es un conjunto de discontinuidades que al ser analizado permite ver que en lugar de conocimientos universales –indefinidos teleológicos-, existen puñados de acontecimientos velados o siguiendo a Nietzsche –como de hecho lo hace Foucault- una genealogía de hechos antes ocultos. En tal sentido Foucault rescata el hecho de que Nietzsche nunca cesara de criticar la historia, una historia que pretende juzgarlo todo según una verdad eterna siempre idéntica a sí misma. En últimas, su crítica la hizo contra la historia de los

historiadores, aquella que tiene por fin ir a los “orígenes”, lo cual sería, un intento por encontrar “lo que estaba ya dado”.

De esta manera, la historia para Foucault no es más que una serie de sucesos fortuitos y memorias de transición que no guardan ningún *telos* director, es decir, el análisis histórico del poder parte de indagar por cómo nace un discurso en una época, y cómo éste permite generar el empalme con el poder mediante una consideración epistémica coherente. La historia, debe entenderse como algo azaroso, ya que los códigos y principios que caracterizan a una época siempre proceden de "(...) *accidentes, mínimas desviaciones, errores, malos cálculos*"(Foucault, 1997, pp. 27-28). De ahí que la propuesta de Foucault para conocer e interpretar los acontecimientos históricos y los fenómenos de la sociedad, no se centre en conocer los grandes discursos, batallas o personajes, sino, en identificar y analizar los “bajos mundos” lo que está debajo de cada discurso, el fondo oculto de toda verdad, lo empantanado, lo que da asco y a otros les revuelve el estómago (1997, p. 56). En síntesis, si la historia para Foucault es un conjunto de discontinuidades, sin relaciones claras entre épocas, podemos afirmar entonces que su producción investigativa igualmente lo es. Sin embargo, hay quienes han pretendido clasificar y dividir su producción intelectual en una serie sucesiva de etapas. Ahora, sin entrar en juicios de valor ni calificaciones binarias acerca de dichas clasificaciones, consideramos pertinente hacer mención de éstas, toda vez que, metodológicamente permiten un mejor acercamiento y aprehensión del basto cuerpo conceptual que engloba toda su obra.

En este sentido, se destacan autores como Ceballos (1997) y Morey (1990), quienes a partir de sus estudios de la obra intelectual de Foucault, han propuesto una división de la misma en tres etapas o campos discursivos, esto es: el discurso, el poder y la moral. En la primera etapa según la clasificación antes nombrada, el autor, se vale de una visión arqueológica que se fundamenta en las reglas internas de la formación discursiva, dicha inclinación es apreciada en escritos como: *Enfermedad mental y personalidad* (1954), *Historia de la locura en la época clásica* (1961) *El nacimiento de la clínica* (1963) *Las palabras y las cosas* (1965) y *La arqueología del saber* (1969). La segunda etapa se enmarca dentro de la genealogía, develando las preocupaciones de Foucault por comprender las tácticas y estrategias que utiliza el poder, esto es, develar cómo funciona éste, cómo se dan las microprácticas dentro de una matriz general de

relaciones de fuerza, en un momento dado y en una sociedad. Esta etapa trae una nueva terminología, introduciendo conceptos como: dispositivo, maquinaria, técnica, tecnología, guerra y lucha, a diferencia de la anterior que para explicar el discurso recogía conceptos como: archivo, monumento, emergencia, entre otros. En esta etapa se ubican textos como: El orden del discurso (1970) -como intento de transición del primer al segundo periodo-, Nietzsche y la genealogía de la historia (1971), Vigilar y castigar (1975), primer volumen de Historia de la sexualidad (1976). La tercera etapa, la comienza Foucault en el transcurso de sus investigaciones sobre la sexualidad, que como temática hace parte de la problemática del poder. No obstante cansado con el tema del sexo el autor decide abandonarlo, e interesarse por la subjetividad de los individuos -la relación consigo mismo-, en tanto prácticas que permiten convertir a los hombres en agentes morales. En este sentido los principales escritos de esta etapa son: los volúmenes segundo y tercero de la Historia de la sexualidad, esto es, *El uso de los placeres* y *El cuidado de sí* (1984).

La genealogía, el saber y la historia. En la clase del 7 de enero del 1976, uno de los propósitos de Foucault consistiría en acercarse a una “(...) *proliferante criticabilidad de las cosas, las instituciones, las prácticas, los discursos; una especie de desmenuzamiento general de los suelos incluso sobre todos los más conocidos, sólidos y próximos a nosotros, nuestro cuerpo, nuestros gestos de todos los días*” (2001, p. 20). Dicha crítica local hace su aparición a partir de *retornos del saber* que generan en el autor un interés en una producción teórica autónoma, una insurrección de los *saberes sometidos*; compuestos por una parte, de saberes históricos, eruditos, sepultados y por otra, de saberes de abajo, de la gente, descalificados y mantenidos a raya. Dichos saberes -así conformados- se encuentran en clara oposición a las teorías eruditas, totalitarias, envolventes y globales, que han pretendido desplegar sobre los *saberes sometidos* lo que Foucault llamará efecto inhibitor. Foucault pretende así, demostrar como los saberes históricos de las luchas de los que forman parte los *saberes sometidos* “(...) *pueden permitir el clivaje de los enfrentamientos y las luchas que los ordenamientos funcionales o las organizaciones sistemáticas tienen por meta, justamente, enmascarar*” (2001, p. 21). Suscitándose de esta manera una serie de investigaciones que partiendo de dichos saberes constituirán el centro de la crítica al

saber teórico englobador y universalmente aceptado, en otras palabras, una genealogía en tanto acoplamiento de conocimientos eruditos y memorias locales.

Ahora, para Foucault la arqueología es el método que permite llevar a cabo los análisis de las discursividades locales, en tanto la genealogía es la táctica que a partir de esas discursividades locales pone en juego los saberes liberándolos del sometimiento que se desprende de ellas (2001, p. 24). La genealogía, va más allá de un método de investigación historiográfica, ésta no implica construcciones empíricas, ni mucho menos pretende convertirse en un positivismo en el sentido corriente del término, que conlleve un retorno a una forma de ciencia más atenta o más exacta. En palabras de Foucault:

Se trata, en realidad, de poner en juego unos saberes locales, discontinuos, descalificados, no legitimados, contra la instancia teórica unitaria que pretende filtrarlos, jerarquizarlos, ordenarlos en nombre de un conocimiento verdadero, en nombre de los derechos de una ciencia que algunos poseerían (Foucault, 2001, p. 22).

La genealogía pasa a ser entonces, una suerte de anticiencia, una insurrección, no contra la misma ciencia –contra sus contenidos, métodos y conceptos- sino, contra los efectos de poder centralizadores del discurso y las instituciones, que en una sociedad como la nuestra han hecho de la ciencia un saber articulado al ejercicio del poder.

El cuerpo, la historia el poder. Al hablar de procesos o dinámicas de poder que se inscriban en y a partir del cuerpo nos remite necesariamente a Michel Foucault, principalmente a las obras Vigilar y Castigar (1978), La Historia de la Sexualidad 1,2, y 3 (1976, 1984), y a La Microfísica del Poder (1979). En el primer volumen de la Historia de la Sexualidad, Foucault observa como la sexualidad, comúnmente considerada como una cuestión natural de simple división entre sexos y asignación de roles de acuerdo a esta, debería en verdad ser entendida como una construcción cultural de acuerdo con los objetivos políticos de la clase dominante. El concepto de “tecnología sexual”, definido como “un conjunto de técnicas para maximizar la vida”, servía para explicitar las técnicas desarrolladas por la burguesía a partir del final del siglo XVIII que apuntaban a asegurar su hegemonía y crear mecanismos de sujeción. Tales tecnologías se direccionaban, en especial, sobre cuatro objetos de conocimiento: la sexualización

de los niños y del cuerpo femenino, el control de la procreación y la psiquiatrización del comportamiento sexual anómalo como perverso. En tal dirección es que podemos entender el concepto de género, el cual Teresa de Lauretis (1994), lo plantea como un mecanismo de poder y de relaciones establecidas entre los sexos. Agrega la autora:

Se puede comenzar a pensar el género a partir de una visión foucaultiana, que ve la sexualidad como una "tecnología sexual", de esta forma; se propondrá que también el género, como una representación y como auto-representación, producto de diferentes tecnologías sociales, como el cine, por ejemplo, (...) los discursos, epistemologías y prácticas críticas institucionalizadas, bien como prácticas de la vida cotidiana (Lauretis, 1994, p. 208).

Otro punto central de la obra de Foucault para la discusión que nos compete, está en el último volumen de *Historia de la Sexualidad: el cuidado de sí*, cuando el autor muestra que al analizar los textos producidos en Grecia en los primeros siglos de la época clásica, más que prohibiciones sobre los actos sexuales, lo que aparece es "(...) *el cuidado que conviene tener para consigo mismo; es la moralidad, la amplitud, la permanencia, la exactitud de la violencia que es solicitada; es la inquietud con todas las perturbaciones del cuerpo y del alma que es preciso evitar por medio de un régimen austero (...)*" (Foucault, 1995, p. 46). Sería lo que él llamo "cultura de sí" y que, según sus datos, estaría fuertemente presente en la cultura griega. El *cuidado de sí* implicaba, por un lado, un riguroso entrenamiento y construcción corporal; y por el otro, el cuidado para con el alma, realizado por medio de la filosofía. En Epicteto se encuentra, según Foucault, la más alta elaboración filosófica de este tema. El *cuidado de sí*, para Epicteto, es un privilegio-deber, un don-obligación que nos asegura la libertad, al tiempo que nos obliga a tomarnos a nosotros mismos como objeto de toda nuestra atención.

Tal idea la retomara Foucault, cuestionando si la *cultura de sí* desarrollada en el mundo helenístico griego y romano sería reflejo de un individualismo. Que confiere cada vez más espacio a los aspectos privados de la existencia, a los de la conducta personal y a los intereses que se pueden tener por sí mismo. Para el autor francés, la respuesta sería paradójica, ya que la propia noción de individualismo en ocasiones no

contempla cuestiones centrales y es indiscriminadamente usada para realidades diferentes. Según Foucault (1995), cuando se habla de individualismo hay que distinguir tres cosas: 1) la actitud individualista, caracterizada por el valor absoluto atribuido al individuo y por el grado de independencia que le es atribuido en relación al grupo al cual le pertenece; 2) el valor que le damos a la vida privada (relaciones familiares, actividades domésticas e intereses patrimoniales); 3) la intensidad de las relaciones consigo mismo; esto es, de las formas en las cuales se es llamado a tomarse a sí mismo como objeto de conocimiento y campo de acción para transformarse, corregirse, y promover la propia salvación. Su conclusión es que “(...) *las exigencias de austeridad sexual que fueron expresadas en la época imperial no parecen haber sido la manifestación de un individualismo creciente. Su contexto es antes que todo caracterizado por la cultura de sí*” (Foucault, 1995, pp. 48 y 49). Si a esta idea le agregamos que el cuidado de sí no requiere apenas una atención difusa, sino todo un conjunto de ocupaciones, de labores, requiriendo, principalmente, la comunicación con el otro, es evidente que de hecho, la *cultura de sí* no constituye un ejercicio de solidaridad, pero sí es una práctica social:

El principio del cuidado de sí adquirió un alcance bastante general: el precepto según el cual conviene ocuparse de sí mismo, es en todo caso un imperativo que circula entre numerosas doctrinas diferentes; él también tomó la forma de una actitud, de una manera de comportarse, impregnó formas de vivir; se convirtió en procedimientos, en prácticas y en recetas que eran reflejadas, desarrolladas, perfeccionadas y enseñadas; él constituyó así una práctica social, dando lugar a relaciones interindividuales, a cambios y comunicaciones ante sí mismo y ante instituciones; él proporcionó, en fin, un cierto modo de conocimiento y elaboración de un saber (Foucault, 1995, p. 50).

Por otro lado, cabe mencionar que por lo menos desde la década de 1970, Foucault ya ponía en evidencia que para hacer una genealogía de la moral moderna sería preciso hacer una genealogía del cuerpo:

Los trabajos en esta línea apuntan a mostrar la diferencia entre las grandes transformaciones del sistema estatal, los cambios del régimen político al nivel de los mecanismos generales y de los efectos de conjunto y de la mecánica de poder que se

expande por toda la sociedad, asumiendo las formas más regionales y concretas, invistiendo instituciones, tomando cuerpo en técnicas de dominación. Poder este que intervine materialmente, alcanzando las realidades más concretas de los individuos –su cuerpo- y que se sitúa en el nivel del propio cuerpo social, y no sobre él, impregnado la vida cotidiana y por eso pudiendo ser caracterizado como micro-poder o sub-poder (Foucault, 1978, p. 198).

Para Foucault, los poderes de la sociedad moderna no estarían localizados en ningún punto específico de la estructura social, pero si estarían esparcidos como una red de dispositivos que no permitirían escape. La praxis del poder de la que Foucault nos habla –entre otras manifestaciones que éste asume- sería una especie de mecanismo difuso, altamente eficaz, que permitiría entre otras cosas, el control minucioso de las operaciones del cuerpo, asegurando la sujeción constante de sus fuerzas, imponiéndoles una relación de docilidad-utilidad.

1.2. Poder y resistencia: las prácticas de los sujetos virtualmente “libres”

De acuerdo con Foucault (1995), -y así lo consignó en La Voluntad de Saber- “Donde hay poder, hay resistencia”, tautología que dejó también clara en la entrevista que le fue hecha por Bernard Henry-Levy y que lleva por título “No al sexo rey”. En ésta Henry-Levy le pregunta a Foucault, si al decir que “Donde hay poder, hay resistencia”, ¿no es casi una tautología?, a lo que Foucault responde: *“Absolutamente. Yo no contrapongo una sustancia de la resistencia a una sustancia del poder. Me limito a decir, que desde el momento mismo en que se da una relación de poder, existe una posibilidad de resistencia. Nunca nos vemos pillados por el poder: siempre es posible modificar su dominio en condiciones determinadas y según una estrategia precisa”* (Foucault, 1978, p. 171). Partiendo de ésta premisa es dable afirmar; poder y resistencia son condiciones de posibilidad interdependientes. No hay poder sin resistencia (Foucault, 1995, p.116), lo cual no implica que por el hecho de que no pueda permanecer por fuera del poder, el sujeto se encuentre atrapado, es decir, los cuerpos no están capturados de forma absoluta por los dispositivos de poder. El poder no es una relación unilateral, una relación totalitaria sobre los individuos, no se reduce

de ninguna manera al ejercicio de la figura del Panóptico, -como bien lo retoma Maurizio Lazzarato (2002, p. 58)-, no es sino a una relación estratégica. El poder es ejercido por cada fuerza de la sociedad y pasa por los cuerpos, no porque sea “omnipotente y omnipresente”, sino porque las fuerzas son las potencias del cuerpo.

Para Foucault, la resistencia es posible porque las relaciones de poder no se solidifican en estados de completa dominación, dado que el poder surge “desde abajo”, generando una serie de relaciones múltiples y heterogéneas que funcionan a la manera de una “microfísica” del poder, compuesta por diversas tácticas y técnicas de intervención sobre la vida de los individuos y las poblaciones. Lo que llamamos poder es una integración de una coordinación y una dirección de las relaciones entre una multiplicidad de fuerzas. Así mismo, Foucault sugiere que el poder es en realidad un conjunto de relaciones abiertas más o menos coordinadas entre sí –de hecho mal coordinadas- infinitesimales, móviles, reversibles e inestables. De ahí que las relaciones de poder resulten siendo, por lo general, fragmentadas, compitiendo entre ellas y operando en diferentes sitios a lo largo de diversas líneas de intervención, generando a la vez resistencias que –claro está- le son posteriores a ese poder al cual se oponen. Pudiéndose decir que, - de hecho Foucault lo dice- la resistencia es coextensiva al mismo poder y rigurosamente contemporánea (Foucault, 1978, p. 171). La resistencia no es ni pretende ser la imagen invertida del poder, pero es igual que el poder, tan inventiva, tan móvil, tan productiva como lo es él. Puesto que es preciso que como él, se organice, se coagule y se cimiente. Que vaya de abajo arriba, como él, y se distribuya estratégicamente (Foucault, 1978, p. 171).

Tendríamos, entonces que, en toda relación de poder existe la posibilidad que se dé inherente y sucesiva a ella una resistencia correspondiente. Al igual que a todo lo largo y ancho de una red de micropoderes y relaciones de fuerza que interactúan sobre el cuerpo social, se expanden múltiples puntos o focos de resistencia: *“(...) donde hay poder hay resistencia (...). Los puntos de resistencia están presentes en todas partes dentro de la red de poder (...) Constituyen el otro término en las relaciones de poder; en ellas se inscriben como el irreducible elemento enfrentador” (Foucault, 1995, pp. 116-117)*. Esta presencia de numerosos y heterogéneos puntos de resistencia contribuye al dinamismo dentro de esta estructura en red del poder, pues, éstos se erigen en la

posibilidad de que surjan cambios de naturaleza, alcance e intensidad, que eventualmente, pueden incluso confluir en grandes rupturas sociales y políticas:

Los puntos, los nudos, los focos de resistencia se hallan diseminados con más o menos intensidad en el tiempo y en el espacio, llevando a lo alto a veces grupos o individuos de manera definitiva, encendiendo algunos puntos en el cuerpo, ciertos momentos de la vida, determinados tipos de comportamiento. ¿Grandes rupturas radicales, particiones binarias masivas? A veces. Pero más frecuentemente nos enfrentamos a puntos de resistencia móviles y transitorios, que introducen en una sociedad líneas divisorias que se desplazan rompiendo unidades y suscitando reagrupamientos (Foucault, 1995, p. 117).

Ahora, para los años ochenta, tras un largo rodeo por la ética Foucault regresa al concepto de poder. De hecho en sus últimas entrevistas el pensador francés se dirige a sí mismo una crítica, ya que considera que no ha sido muy claro en su meta – durante los últimos veinte años- de analizar el poder. Él ve retrospectivamente su trabajo como un análisis y una historia de los diferentes modos de subjetivación del ser humano en la cultura occidental, más que como análisis de las transformaciones del poder, a lo que agrega *“Así el tema general de mi investigación no es el poder sino el sujeto”* (Foucault, 1988, p. 227). Dicho texto es conocido como *El sujeto y el poder*, en él Foucault pone en evidencia este nuevo modo de investigación que consiste en tomar como punto de partida los modos de resistencia contra los diferentes tipos de poder a través del enfrentamiento de las estrategias. En primer lugar, precisa que es necesario hablar de las relaciones de poder antes que del poder, pues el acento debe ser puesto sobre la misma relación y no sobre sus términos, así, -dice Foucault-, *“Por ejemplo, para averiguar lo que significa cordura para nuestra sociedad, quizás deberíamos investigar lo que está sucediendo en el campo de la locura. Y, para comprender lo que significa legalidad, lo que pasa en el campo de la ilegalidad. Y para comprender en qué consisten las relaciones de poder, quizás deberíamos analizar las formas de resistencia y los intentos hechos para disociar estas relaciones”* (Foucault, 1988, p. 229). Como punto de partida, el autor francés propone las series de oposiciones que se han desarrollado durante los últimos años: la oposición de poder de los hombres sobre las

mujeres, de los padres sobre los hijos, de la medicina sobre la población, de la psiquiatría sobre los enfermos mentales, igualmente de la administración sobre el modo de la vida de la gente. Esta modalidad es definida como “acción sobre una acción” y se despliega por la voluntad de “conducir los comportamientos de los otros”.

Igualmente -y en el mismo texto- dice Foucault que no es suficiente con exponer que son luchas contra la autoridad, sino que se hace necesario apreciar qué tienen ellas en común y para explicarlo agrega tres puntos que él considera originales: 1) son luchas “transversales”, lo que quiere decir que no se supeditan a un solo país, ni a una forma de gobierno, política o económica particular, desde luego éstas luchas pueden desarrollarse en ciertos países con más facilidad y en un grado más amplio, que en otros. 2) el objetivo de estas luchas son los efectos de poder como tales, con ellas no se trata tanto –por ejemplo- de criticar la profesión médica por ser una empresa lucrativa, sino de develar el poder incontrolado que ejerce sobre los cuerpos, la salud de los individuos, su vida y su muerte. 3) Son luchas “inmediatas” por dos razones, en ellas la gente critica instancias de poder que son las más cercanas a ella, las que ejercen su acción sobre los individuos. No buscan al “enemigo principal”, sino al enemigo inmediato. De otro lado, tampoco buscan solucionar su problema en el futuro (liberaciones, revoluciones, fin de la lucha de clases).

Luego de estos tres puntos, Foucault plantea otros tres que considera más específicos. 4) “Son luchas que cuestionan el estatus del individuo: por una parte, sostienen el derecho de ser diferentes y subrayan todo lo que hace a los individuos verdaderamente individuales. Por otra parte, atacan todo lo que puede aislar al individuo, hacerlo romper sus lazos con los otros, (...). Estas luchas no están exactamente a favor o en contra del “individuo”, sino más bien son luchas contra el “gobierno de la individualización”. 5) Se opone a los efectos del poder vinculados con el saber, la competencia y la calificación: luchan contra los privilegios del saber, (...). Lo que se cuestiona es el modo como circula y funciona el saber, sus relaciones con el poder. En suma, el *régime* du savoir. 6) Finalmente, todas esas luchas actuales se mueven en torno a la cuestión: ¿quiénes somos? Son un rechazo de estas abstracciones, de la violencia estatal e ideológica que ignora quienes somos individualmente y también un rechazo de una inquisición científica o administrativa que determina quién es uno” (1988, p. 230). En síntesis, el objetivo de esta lucha no se

establece en ir en contra de tal o cual institución de poder –grupo, élite o clase-, sino más bien una técnica, una forma de poder. Forma de poder que tiene su más claro ejercicio sobre la vida cotidiana de los individuos, mediante la clasificación de estos en categorías, designándolos por su propia individualidad, o como diría Foucault “(...) *los ata a su propia identidad, les impone una ley de verdad que deben reconocer en ellos. Es una forma de poder que transforma a los individuos en sujetos*” (Foucault, 1988, p. 231).

Tenemos entonces, que el poder para Foucault, es un modo de acción sobre “sujetos activos”, sobre “sujetos libres” y sólo en la medida en que son “libres” (Foucault, 1988, p. 239). Y en este marco hablar de sujetos libres significa que ellos “*tienen siempre la posibilidad de cambiar la situación, que esta posibilidad existe siempre*”. Esta modalidad del ejercicio del poder permite a Foucault responder a las críticas que desde el comienzo de sus trabajos sobre el poder le eran dirigidas, pues él no ha querido decir nunca que estamos siempre atrapados, sino al contrario que somos siempre libres. Finalmente, que hay siempre la posibilidad de transformar las cosas. Muy al contrario con lo que ocurre en los estados de dominación, los cuales se caracterizan por el hecho de que las relaciones estratégicas se han establecido en las instituciones y que la movilidad, la reversibilidad y la inestabilidad de la “la acción sobre otra acción” son limitadas. Así las cosas, las relaciones asimétricas que toda relación social comporta son cristalizadas y pierden la libertad, la “fluidez” y la “reversibilidad” de las relaciones estratégicas. Entre las relaciones estratégicas y los estados de dominación Foucault coloca las “tecnologías gubernamentales”, es decir, las prácticas por medio de las cuales se pueden instrumentalizar las estrategias que los individuos, en su libertad, pueden establecer los unos en relación con los otros. Estas tecnologías gubernamentales van a significar un papel central para Foucault, porque a través de ellas los juegos estratégicos pueden estar cerrados o abiertos; su ejercicio permite la cristalización en relaciones asimétricas institucionalizadas –estados de dominación- o en relaciones fluidas y reversibles, abiertas a la creación de la subjetivaciones que escapan al poder biopolítico.

1.3 De género, sexo e historia: apuntes para una mejor comprensión de los feminismos contemporáneos

Uno de los primeros intentos por rastrear de manera consistente la conceptualización de *Género* es el de la historiadora norteamericana Joam W. Scott, en un texto que se ha convertido en referencia en este campo de estudio. En el artículo, *Gender: a useful category of historical analysis*, la autora busca entender las definiciones de género elaboradas hasta entonces. Scott (1986) muestra cómo históricamente, el concepto surgió ligado a la praxis de las feministas norteamericanas, que buscaba rechazar el determinismo biológico presente en el uso de términos como “sexo”, “diferencia sexual” y la vez resaltar el aspecto social de la diferencia basada en la distinción sexual (Scott, 1986, p. 1054).

Así, el género es propuesto como concepto clave en el aparato conceptual de la disciplina histórica, puesto que en relación a “la historia de las mujeres” era evidente la importancia que ganaba en la elaboración de una nueva historia, la cual, era inmediatamente descalificada por los historiadores no feministas. Por un lado, porque al reconocer la existencia de una historia de las mujeres, habría que constituir la como un campo separado de estudios, cuyo desarrollo concerniría sólo a las feministas; y por otro lado, por la descalificación pura y simple, una vez que, según tales historiadores, el estudio del papel de las mujeres en nada afectaría la comprensión ya existente de grandes fenómenos como la política, la economía, las revoluciones, etc. Género, por tanto, paso a ser utilizado en substitución casi automática del término “mujeres”, en el intento de romper esa separación en los estudios históricos, es mostrar que la historia de las mujeres tenía algo que aportar a la historia en general. También el concepto de género sugería una neutralidad científica, que buscaba bajar el tono en las discusiones académicas en relación al elemento fuertemente político presente en la inclusión de las mujeres como sujetos históricos relevantes.

Tales definiciones del término *género*, con todo, servirían apenas como un uso descriptivo del concepto; la sinonimia empleada entre *género* y *mujeres*, y la substitución de un término por el otro, no habría sido capaz de volver la historia feminista relevante para la disciplina como un todo, teniendo que ser creados varios departamentos de “estudios de género” aislados de los estudios históricos en general. De la misma manera, este uso descriptivo, aunque se mostró fecundo para diversos estudios específicos, no consiguió responder cuestiones teóricas más amplias. El

examen de la teoría de género, en el entender de Scott, sería crucial para la posibilidad del uso del término en la investigación histórica.

Las tres grandes corrientes teóricas hasta entonces empleadas por los historiadores feministas –teoría del patriarcado, teoría marxista y teoría psicoanalítica – no consiguieron mostrar el concepto de *género* como una categoría analítica relevante para la Historia, puesto que en última instancia acababan constituyendo la oposición binaria de los sexos como un universal, en otras palabras, ahistorico. Para Scott sería preciso una deconstrucción de los términos de la diferencia sexual, que sólo podría realizarse por la Historia, siempre y cuando se pudiera construir y adecuar un cuadro teórico al material histórico analizado, sometiendo a la oposición sexual binaria a una crítica permanente, de tal manera que se pudiera desplazar su estructura jerárquica.

Scott presenta, entonces, su definición del concepto de género, compuesta de dos afirmaciones: “*Género es un elemento constitutivo de relaciones sociales basado en las diferencias percibidas entre los sexos, y género es una manera primordial (primaryway) de significar relaciones de poder*” (1986, p, 1067). Nótese en esta definición la clara intención de introducir historicidad en la concepción de *género* como campo, una vez que las diferencias entre los sexos son “percibidas”, o sea, desnaturalizadas e históricamente constituidas. Además de los estudios localizados, la tarea del desarrollo teórico implica la comprensión de *género* como campo de disputa de poder, lo cual confiere al término un peso político que los estudios académicos no podrían desconocer. Con esta definición Joan Scott busca superar los impases asociados al uso corriente del término *género*, a partir de una reformulación que, salvaguardando el papel de la teoría, intenta abrir un campo de posibilidades para diversos estudios históricos. Rechazando el uso puro de *género* como de *mujeres*, y como simple sustituto de las relaciones entre hombres y mujeres, inserta el poder y la política en el concepto, de manera que se pudiera historizar la propia idea de relación entre los sexos, y recuperar la historia de la construcción de ésta relación como campo de disputa política.

Fuera del campo de la disciplina histórica, otra autora importante en la problematización del concepto de *género* se encuentra también a la norteamericana Judith Butler. En su libro *Gender Trouble*, busca entender teóricamente la conceptualización de *género* a partir de su identificación con el término *mujeres*, o más

específicamente, de la conceptualización de la mujer como sujeto, y a partir de su relación con el término *sexo*. Lo que está en juego para la autora es el juego de las identidades producidas históricamente, es el papel político que estas identidades y su historia ejercen en el presente. En cierto sentido, su posición es más radical que la de Scott, pues su propuesta no se trata simplemente de aplicar el *género* a la disciplina histórica en general, sino más bien el incluir la historia del género en las actuales políticas de identidad.

El pensamiento feminista, dice Butler, establece una separación entre *sexo* y *género*. En cuanto el primero significaría el elemento biológico, mientras que género sería el elemento cultural, la construcción social de la identidad. Mas no existe correspondencia inmediata entre los dos, de modo que es posible que exista género masculino sobre un sexo femenino (y viceversa), o hasta la misma posibilidad de una cultura en que existan más de dos géneros, a partir de los mismos elementos sexuales biológicos; género, es entendido así como “(...) *la interpretación múltiple del sexo*”(Butler, 1990, p. 8). Tal separación es importante en el pensamiento feminista, puesto que es a partir de ella que se puede formular una política que escape al determinismo biológico (presente en diversos argumentos no feministas respecto del “papel natural” de la mujer y del hombre). Retirar la inmutabilidad de la categoría *sexo*, para Butler, es entender que “(...) *tal vez ese constructo llamado sexo sea tan culturalmente construido como el de género; de hecho, tal vez haya sido siempre género, con la consecuencia que la distinción entre sexo y género no sea al final distinción alguna*”(1990, p. 9 y 10).

Para Butler, por tanto, no hay sentido en distinguir *sexo* de *género*, una vez que *género* no puede ser definido como la inscripción en un sexo predefinido por la naturaleza; en este sentido también el *sexo* se inscribe a partir de la cultura. Agregando la autora:

Género también debe designar al propio aparato de producción donde los sexos son establecidos. Como resultado, género, es también los medios discursivos/culturales por los cuales “naturaleza sexuada” o “un sexo natural” es producido y establecido como “pre-discursivo”, anterior a la cultura, una superficie políticamente neutra en la cual la

cultura actúa (...). Esta producción del sexo como pre-discursivo debe ser entendida como efecto del aparato cultural designado por el género (Butler, 1990, p. 10).

Así, la anterior idea remite claramente al primer volumen de la *Historia de la Sexualidad* de Foucault (1976). Donde el autor busca mostrar como el sexo, al contrario de su caracterización común, no fue reprimido, callado, durante la época victoriana; esta sería una concepción jurídica del sexo y del poder, que entiende que el poder es algo que se posee, y actúa por la negación y por la represión. La concepción del poder como microfísica propuesta por Foucault lo transforma en un campo de lucha agonística, en relaciones de fuerza dispersas por todo el cuerpo social. El sexo entendido de esta manera no pre-existe a un poder que lo reprime; él es producción y efecto de los poderes sobre el cuerpo.

CAPÍTULO 2

LAS “OLAS” DEL FEMINISMO: discursividades, devenires y resignificaciones

(...) si los grandes movimientos quieren vivir lo suficiente para poder alcanzar lo que se proponen, deben reinventarse a sí mismos. Para poder ser sostenibles, los movimientos no sólo deben crecer; también deben transformarse. Y esto no sólo porque los tiempos inevitablemente cambian. Sino también porque nosotras mismas hemos cambiado los tiempos. Por lo tanto, debemos responder en parte también a nuestra propia historia.

Bella Abzug

A modo de introducción

Tras los devenires constantes que trae la historia se puede decir que los ideales se posicionan como puntos de inflexión que dan un plus diferenciador referente de una época a otra, de luchas o reivindicaciones que alcanzaron a transformar las sociedades. Las reivindicaciones feministas se erigen como uno de estos momentos importantes que permitieron ver de forma diferente las nuevas sociedades, pues permitieron no sólo mirar a la mujer como sumisa al hogar y reproductora, sino como ciudadano garante de deberes y derechos.

Por eso, el presente capítulo tiene como finalidad evidenciar los discursos feministas desde sus inicios y sus transformaciones, para luego llegar a los discursos de tercera “ola” que son en últimas el foco principal de este escrito. Cabe resaltar que cuando se habla de la tercera “ola” del feminismo es claro que se deben reconocer la existencia de dos “olas” o etapas anteriores, por tal motivo para clarificar e ilustrar mejor el tema es necesario esbozar y ahondar sobre los asuntos y postulados tratados desde el feminismo y las concepciones que han provocado una división interna a lo largo de este.

Para empezar a dar forma a estas pretensiones se divide el capítulo en tres estadios. En primer momento se hace un breve recorrido por el contexto histórico del feminismo y algunas posturas que pueden ser consideradas como antecedentes; luego se entra a especificar sobre las diferencias en los postulados y propuestas de cada una de las “olas” del feminismo; la primera “ola” y su búsqueda incesable por la reivindicación de la igualdad y el reconocimiento por la ciudadanía, la segunda “ola” y la relación con nuevos ideales, pasando por el socialismo marxista, describiendo el

feminismo liberal y su compromiso con la consecución de la igualdad entre hombres y mujeres en todas las esferas de la convivencia social, y después vislumbrando un nuevo aire que toma la segunda “ola” con la llegada del radicalismo y sus derivaciones como lo es el feminismo cultural. De igual manera se intenta mostrar los objetivos, discursos y categorías de análisis de cada “ola”, por último en el tercer momento se ahonda y se busca centrar la atención sobre la dimensión política del feminismo de tercera “ola”.

Atendiendo al tercer momento, la finalidad de ahondar específicamente en la dimensión política de tercera “ola”, tiene una connotación clara, pues al particularizar en sus cimientos y discursos se podrá esbozar sobre asuntos relacionados con la identidad, el reconocimiento y la crítica a los universalismos, concepciones que se instauran no sólo como ideales sino como pilares propios de esta “ola”.

2.1. Contexto histórico del feminismo

Para empezar a hablar de feminismo es importante establecer lo que se entiende por dicho término; así pues para las finalidades de este escrito, debemos tener en cuenta que el feminismo es:

(...) toda teoría, pensamiento y práctica social, política y jurídica que tiene por objetivo hacer evidente y terminar con la situación de opresión que soportan las mujeres y lograr así una sociedad más justa que reconozca y garantice la igualdad plena y efectiva de todos los seres humanos. En otras palabras, es un movimiento heterogéneo, integrado por una pluralidad de planteamientos, enfoques y propuestas (Aguilera, 2009, p. 45-46).

Luego de establecer una concepción de feminismo no se puede dejar de mencionar que a lo largo de la historia del movimiento existen variaciones y desacuerdos que permiten hablar de una división interna de este en tres etapas o mejor conocidas como “olas” del feminismo. Aunque hay algunos autores que se sostienen sobre la existencia de más etapas, estas no serán asumidas en este escrito.

Ahora bien y para aclarar la situación, para algunos teóricos los primeros esbozos documentados feministas son dados desde el siglo XVII pues consideran que en esta época se empezaron a reflejar en la sociedad acciones e ideas propuestas por mujeres de manera indirecta a través de las "preciosas" francesas (*précieuse*) que se encontraban en dos sitios diametralmente opuestos: los prostíbulos y la corte.

Se trataba de mujeres particularmente elegantes (cada cual en su medio) y desenvueltas, que jugaron un papel de particular importancia al departir con políticos, intelectuales y "nobles" que discutían abiertamente frente a ellas e incluso con ellas, a tal grado que no resultaba extraño que los varones se dejaran alentar e influir sobre sus ideas y planes, es más, las "preciosas" transmitían la información y apoyaban según sus inclinaciones políticas y de pensamiento. Su presencia e influjo se prolongó hasta el siglo XVIII (Pinto, 2003, p. 31).

A partir de escenarios como estos se reconocen avances en la vinculación e influencia indirecta de las mujeres en la vida política y social de la Europa del siglo XVIII, pero si bien es un fenómeno que bien pudiera ser considerado como antecedente directo, no cabe duda que al no existir accionares claros y directos no es posible enmarcar el nacimiento del feminismo desde esta época, así que no se puede hablar de la primera "ola" del feminismo sino hasta finales del siglo XIX donde fácticamente se generó una propuesta clara y concisa a través de teorías y prácticas conscientes.

2.2. La primera "ola" del feminismo y la aparición de las Sufragistas: en búsqueda de la reivindicación por la igualdad y el reconocimiento por la ciudadanía

La primera "ola" es conocida como la etapa sufragista, tuvo sus inicios a finales del siglo XIX pero su éxtasis se dio durante los primeros años del siglo XX, durante esta etapa no sólo se generaron cuantiosas producciones teóricas sino también numerosas luchas y manifestaciones que cobraron la vida y la libertad de cientos de mujeres. El objetivo principal de la primera "ola" buscaba alcanzar la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, especialmente el derecho al sufragio y a la ciudadanía.

Así mismo las feministas de esta primera época plantearon también el derecho al libre acceso a los estudios superiores y a todas las profesiones, la igualdad de derechos civiles, compartir la patria potestad de los hijos. Al tiempo que denunciaban que el marido fuera el administrador de los bienes conyugales, pedían igual salario para igual trabajo. Todos estos objetivos se centraron en el derecho al voto, que parecía la llave para conseguir los demás. En resumen se observa que las feministas de primera “ola” pusieron énfasis en los aspectos igualitarios y en el respeto a los valores democráticos (Salas, 2008, pág. 2).

2.2.1 Las sufragistas

El sufragismo contribuyó a la creación de una política democrática con dos aportaciones básicas: la invocación de la palabra “solidaridad” ligada al ejercicio democrático y el ejercicio de unos métodos de lucha no violentos como expresión de la voluntad cívica de la ciudadanía (Valcárcel, 2001, p. 13).

También es cierto que dicho movimiento se centró principalmente en las aspiraciones de las mujeres de clase media, cuestión que propició desencuentros entre las sufragistas y otros grupos, como las mujeres negras o las obreras, que reclamaron su lugar en el nuevo escenario político y social abierto a las mujeres (Sánchez Muñoz, pág. 54). Al respecto Ana de Miguel señala que:

(...) las mujeres se organizaron en torno a la reivindicación del derecho al sufragio y, de ahí, su denominación como sufragistas. Sin embargo, esa no fue su única vindicación. Las sufragistas luchaban por la igualdad en todos los terrenos apelando a la auténtica universalización de los valores democráticos y liberales. Sin embargo, y desde un punto de vista estratégico, consideraban que una vez conseguido el voto y el acceso al parlamento podrían comenzar a cambiar el resto de las leyes e instituciones” (2009, pág. 9).

Ahora y aunque se establece que la primera “ola” demarca sus intereses exclusivamente sobre los accionares que conllevaron a la lucha por exigir el derecho al sufragio, se evidencia que dentro de esta “ola” se marcan varias directrices, algunas se

pueden vislumbrar desde su interior y otras son presentadas desde las críticas o posturas externas que las ubicaban a partir de varias tendencias, entre las cuales es posible distinguir dos:

(...) aquella que se aproxima al tema de la condición de la mujer a través del estudio de la sociedad y de la familia, pero la mujer en sí no es el objetivo principal del conocimiento, y dos, en los que la mujer representa el interés primordial, pero mediando su conocimiento con la comprensión de la familia y de la sociedad en que vive, es decir, bajo el contexto de su entorno desde la perspectiva de su condición de mujer (Pinto; 2003, p.34).

Bajo esta premisa el naciente colectivo idealista de mujeres dan forma y comienzan a tejer un accionar de sedición en contra de la tendencia milenaria que encasilla la mujer bajo la esfera privada¹, es decir, bajo la vida doméstica donde a través de la familia se cumple con un papel de reproductora y bajo el cual no se permite un acceso directo en la esfera pública, esfera que sólo admite la participación de los varones como sujetos garantes de opinar, participar y reclamar por sus derechos. Al respecto Ana de Miguel señalara que:

Las mujeres quedaron enclaustradas en un hogar que era, cada vez más, símbolo del status y éxito laboral del varón. Las mujeres, mayormente las de burguesía media, experimentaban con creciente indignación su situación de propiedad legal de sus maridos y su marginación de la educación y las profesiones liberales, marginación que, en muchas ocasiones, las conducía inevitablemente, si no contraían matrimonio, a la pobreza (De Miguel; 2009, p. 21).

Tenemos entonces que a partir de postulados como estos es donde se pueden leer los principales puntos de desencuentro que se generan al interior del feminismo de primera “ola”, pues si bien, como se mencionó antes, la defensa por los derechos civiles y políticos eran su principal objetivo, las condiciones socioeconómicas y

1si se quiere ahondar sobre el tema se recomienda dar una mirada al texto de Hannah Arendt, “Esfera Pública y Esfera Privada” se puede visualizar aquí: <http://elbuho.aafi.es/buho8/DELARUBIA.pdf> consultado marzo 2013.

sociopolíticas de las mujeres se manifiesta como un condicionante relevante a la hora de establecer pretensiones. Por un lado;

Las mujeres norteamericanas consiguieron establecer alianzas con otros movimientos sociales, como el movimiento abolicionista o el movimiento de reforma moral; así, mientras que en el continente europeo el discurso feminista lo elaboraron voces aisladas, en Estados Unidos tuvo una resonancia colectiva que se plasmó en un movimiento social. Además, y quizá como consecuencia de lo anterior, alcanzaron algunos derechos, como el de la educación o el del trabajo, antes que las europeas. En cualquier caso, uno de los argumentos centrales del sufragismo, recogido de la vindicación feminista ilustrada, era “la apelación a un universalismo ético que proclamaba la universalidad de los atributos morales de todas las personas”. Así, se invocaba la justicia y el principio de igualdad como derechos morales y, por tanto, universales (Aguilera; 2009, p. 51).

Si bien la idea no es centrarse en los puntos de desencuentro entre las feministas americanas y europeas de primera “ola”, es un tema que no se puede desconocer puesto que enmarca diversas líneas en el movimiento y más adelante tendrá repercusiones en el grupo.

En cuanto al movimiento sufragista europeo, podemos decir que es el Inglés su vertiente más preponderante y radical, (De Miguel, 2009, p. 10) de igual manera se destaca el acercamiento político y teórico que hizo el economista John Stuart Mill, quien presentó la primera petición a favor del voto femenino en el Parlamento y fue una referencia para pensar la ciudadanía no excluyente. Mill sitúa en el centro del debate feminista la consecución del derecho de voto para la mujer; se creía que la solución de la cuestión femenina pasaba por la eliminación de toda traba legislativa discriminatoria, y que una vez suprimida estas restricciones las mujeres superarían su subordinación y lograrían su emancipación.

Tras este apartado y volviendo a situarnos sobre los objetivos de las feministas de primera “ola” es claro que éstas concentran su esencia en la exigencia por vincularse en el goce de los derechos humanos, pues para ese momento histórico se empezaron a construir las teorías que los desarrollarían en tanto objeto de análisis; estas teorías y su puesta en práctica se convirtieron en un espacio abierto que motivo las luchas

feministas donde se logró ir en contra de las instituciones formalmente consolidadas en aras de reclamar o más bien exigir su acceso a los derechos civiles y políticos ya alcanzados por los hombres y de los cuales ellas quedaron excluidas durante varias décadas.

Bajo esta etapa en la historia del feminismo se consolida una entrada directa sobre la esfera pública que va más allá de la literatura y la interacción e influencia informal e indirecta a través de nobles y caballeros, para acceder a beneficios propios relacionados con la igualdad de género. Es así como las sufragistas partiendo de la época de los derechos humanos toman un feroz impulso por la búsqueda de los suyos, principalmente centradas en el derecho al voto y el ideal que este traía consigo.

Cuando se menciona el momento histórico de los derechos humanos es importante remitirse a entender que estos fenómenos transcurrieron ante un “contexto intelectual y filosófico ilustrado, que deviene progresivamente dominante en la Europa de los siglos XVII y XVIII.

(...) cuando aparecen los derechos del hombre, concepto que ha sido fundamental en el pensamiento feminista, puesto que durante casi doscientos años, las vindicaciones feministas han tenido como meta propiciar el igual reconocimiento de derechos a todos los seres humanos, independientemente de su sexo. Al mismo tiempo, la teoría de los derechos fundamentales ha avanzado en muchos aspectos, como en la noción de igualdad, por poner un ejemplo, gracias a las aportaciones de los movimientos de mujeres (Aguilera, 2009, p. 48).

Por otra parte y después de esbozar los objetivos que inspiraron los discursos feministas de primera “ola” y el fenómeno motivador dado por la época de los derechos humanos, es el momento de mencionar que la orientación política que manifestó el movimiento feminista en esta época está situada sobre la consolidación de un “feminismo liberal (también conocido como feminismo burgués o reformista). Es el primero en agrupar a las mujeres en función de reivindicaciones de género y considera al varón como el enemigo principal. De ahí que su planteamiento principal sea que el origen de la opresión y desigualdad radique en lo biológico ligado a la

procreación que deriva en la división sexual, e ignora cualquier otro tipo de división, la de clases por ejemplo (Pinto, 2003, p. 40).

Esta primera “ola” es consistente con la ubicación lineal hacia la consolidación y consistencia del movimiento sufragista y la defensa por el reconocimiento de la ciudadanía a las mujeres. Gracias a la lucha dada por estas en guerras de independencias y el papel preponderante que estas tuvieron, el reconocimiento se empieza a ganar, pero siendo aún un reconocimiento efímero. No es sino hasta la Declaración de Séneca Falls, uno de los textos básicos del sufragismo americano que la mujer se empieza a ganar su lugar en la sociedad.

La declaración consta de doce decisiones e incluye dos grandes apartados: de un lado, las exigencias para alcanzar la ciudadanía civil para las mujeres y de otro los principios que deben modificar las costumbres y la moral (Salas, 2008, p. 8). La Declaración fungía en temas relativos a la esfera privada, asunto que tomo trascendencia en el ámbito político y público y que se enmarco bajo el lema “lo personal es político”, convirtiéndose así, en la primera acción colectiva organizada en defensa de los derechos de las mujeres.

2.3. Segunda “ola” feminista y sus nuevos devenires idealistas

La segunda “ola” del feminismo es reconocida por ahondar teórica y activamente en el reclamo por derechos sexuales y reproductivos, principalmente en temas relacionados con maternidad, machismo, feminismo, homosexualismo, aborto libre, y opresión, este último asunto proveniente de las instituciones socialmente aceptadas como la iglesia, la familia y el gobierno. Así, en este apartado se intenta exponer los diversos momentos que hicieron parte del feminismo de segunda “ola” además de la influencia que recibieron por parte de teorías como el socialismo, desde la cual se intentó abordar el feminismo y ofrecer una explicación a la opresión de las mujeres. De igual forma se abordaran algunos aspectos de los llamados feminismo liberal, radical y cultural.

2.3.1. Socialismo marxista y la cuestión femenina

El marxismo articuló la llamada "cuestión femenina" en su teoría general de la historia y ofreció una nueva explicación del origen de la opresión de las mujeres y una nueva estrategia para su emancipación:

Friedrich Engels, sostuvo que el origen de la sujeción de las mujeres no se basaba en causas biológicas, sino en la aparición de la propiedad privada y en la exclusión femenina de la esfera de producción social (De Miguel, 2009, p. 12).

En concreto, se muestra que la sumisión de las mujeres se da tras la aparición de la propiedad privada y la exclusión de la esfera de la producción social. Como consecuencia de este análisis se esgrimirá que la emancipación de las mujeres irá ligada a su retorno a la producción y a la independencia económica (De miguel, 2009. p 13). Sin embargo y pese a tener una solución a la superedición, en este contexto las mujeres que fungían bajo estos ideales se movían bajo la paradoja de que si luchaban por su emancipación y apoyaban a las sufragistas se les acusaba de olvidar la cuestión proletaria, esto hasta que August Bebel autor de la obra *Mujer y socialismo*, defendiera la igualdad de derechos y denunciara la ceguera socialista a la subordinación femenina. Este autor consideraba que la subordinación de las mujeres tenía características específicas que no podían subsumirse en el marco de la explotación de los trabajadores y, por eso, la lucha de las mujeres debía ser específica. Así, la cuestión de la mujer se mostraba con más complejidades de las que los marxistas clásicos habían señalado (Sánchez, 2007, p. 54). En definitiva, el socialismo marxista analizó críticamente la familia, la doble moral y la relación entre la explotación económica y sexual de la mujer, pero no adoptó medidas específicas para combatir la ideología patriarcal.

2.3.2. Una lucha alcanzada y una nueva puesta en escena de la segunda "ola" feminista

Tras las luchas llevadas a cabo por el Feminismo después la Primera Guerra Mundial, la mayoría de los países occidentales reconoció el derecho al voto de las mujeres. Como consecuencia del logro del voto y las transformaciones que trajo consigo, habían

dejado relativamente tranquilas a las mujeres. Sus demandas habían sido satisfechas, vivían en una sociedad legalmente cuasi-igualitaria y la calma parecía reinar en la mayoría de los hogares (De Miguel, 2009, p. 12). Sin embargo, fue una calma efímera, pues como se describe en el subtítulo se acercaba un nuevo despertar de este movimiento social.

Este nuevo despertar tendría como punto de partida la publicación del libro “*El Segundo Sexo*”, de Simone de Beauvoir (1949), obra que representará un papel fundamental en el desarrollo del feminismo de las décadas siguientes. Al respecto Ana de Miguel afirma:

Al mismo tiempo que pionera, Simone de Beauvoir constituye un brillante ejemplo de cómo la teoría feminista supone una transformación revolucionaria de nuestra comprensión de la realidad. Y es que no hay que infravalorar las dificultades que experimentaron las mujeres para descubrir y expresar los términos de su opresión en la época de la "igualdad legal" (De Miguel, 2009, p. 12).

Simone de Beauvoir, para construir una teoría explicativa de la subordinación de las mujeres, parte de la pregunta “¿Qué significa ser mujer?” para defender la tesis que “no se nace mujer, se llega a serlo”. Mostrando a las mujeres como “el otro”, el sexo femenino es la otra cara del espejo de la evolución del mundo masculino y aporta un análisis no biologicista (Salas, 2007, p.25), es decir:

La mujer es construida socialmente más que biológicamente, y que la construcción de la sociedad y de los seres humanos es masculina y excluye a la mujer. De este modo la mujer es el Otro, lo insencial frente al hombre, el Mismo o lo esencial...al afirmar “no se nace mujer, se llega a serlo”. Se prepondera la libertad como idea central de esta obra (Aguilera, 2009, p 56).

Siendo entonces la libertad la construcción de este nuevo orden feminista, el advenimiento del feminismo liberal no se hizo esperar, dando origen a una avanzada liberal en la segunda “ola” feminista.

2.3.3. El feminismo liberal

Caracterizado por definir la situación de las mujeres como un estado de desigualdad, y por postular la reforma del sistema hasta lograr la igualdad entre los sexos. Comenzaron delimitando el problema principal de las mujeres como su exclusión de la esfera pública, y buscaban reformas relacionadas con la inclusión de las mismas en el mercado laboral. Indagando para formar o promover a las mujeres para ocupar puestos públicos (De Miguel; 2003, p. 13).

Ahora para el “feminismo liberal” la teoría del liberalismo originada en el siglo XVII no era coherente y satisfactoria con sus premisas, pues si fuera así, no se habría encaminado creando la concepción liberal del feminismo. Para este conglomerado de mujeres los derechos proclamados por el liberalismo fueron del goce exclusivo de la mitad de la población: los hombres. Las mujeres fueron excluidas de las ventajas de la ciudadanía y las actividades del ámbito “público”; las acciones de las mujeres se limitaron a desarrollarse en la esfera “privada”. A diferencia de lo que argumentan los teóricos liberales, para el feminismo liberal la división de esferas no ha limitado simplemente el poder del Estado, también ha promovido la exclusión de las mujeres de las actividades productivas restringiendo su vida a las actividades reproductivas. (Duayhe, 2001, p. 91)

Por lo anterior el feminismo liberal se traza el objetivo de incorporar a las mujeres activamente en los conceptos surgidos de la Ilustración, es decir, aplicar los principios liberales a las mujeres ya que considera que la sociedad contemporánea discrimina a las mujeres por su sexo y viola los valores políticos del liberalismo como son la igualdad, la libertad y la justicia. Así, las feministas liberales reclaman que las mujeres sean ciudadanas y que gocen plenamente de los derechos y las libertades fundamentales. Por eso la lucha de estas feministas se ha enfocado en reclamar igualdad en la contratación de empleos, en el acceso a los trabajos profesionales y en igual de oportunidades frente al acceso a la educación (Duayhe, 2001, p. 94).

Sin embargo y pese a los esfuerzos hechos por obtener estos logros, al feminismo liberal se le ha calificado de ser insuficiente para mejorar las condiciones de las mujeres. El reclamo de reformas legales y la incursión de las mujeres a la esfera pública no bastan para lograr los cambios que se requieren. El origen del problema es que las feministas liberales no cuestionan el paradigma cultural ni las estructuras del poder en

las que viven; para conseguir la igualdad sólo consideran indispensable la garantía del acceso a las actividades públicas y el otorgamiento de iguales oportunidades en la educación y en el desarrollo (Okin, 1989, p 24).

Detrás de esta crítica viene una nueva influencia en la segunda “ola” del feminismo; el feminismo radical quien termino dando un nuevo impulso a la segunda “ola” feminista, y que a su vez impulso jóvenes feministas radicales hacia la izquierda.

2.3.4. Feminismo radical

El origen del feminismo radical es diferente a los feminismos llamados “adjetivados” (*hyphenated*), como es el caso del feminismo-liberal, el marxista, o el socialista, pues no surge con la finalidad de incluir a las mujeres en determinadas teorías creadas por hombres célebres, sino que construye una teoría propia a partir de las experiencias de opresión de las mismas mujeres (Grant, 1993, p. 18). Con las experiencias transmitidas por las mujeres en sus diferentes etapas de la vida, tanto en el ámbito privado como en el público, constituyeron la base para crear una conciencia política de la discriminación que padecían, así como una teoría de la opresión sexual (Ramírez, 2001, p. 2).

Ahora, la idea de construir una teoría feminista radica en las mujeres que participaron en la Nueva Izquierda en los Estados Unidos:

La teoría es esencial a la política. Las mujeres que participaban de la Nueva Izquierda comenzaron a tomar conciencia de la discriminación y la opresión de la que eran objeto debido a la diferencia sexual, es decir, por ser mujeres. A través de una severa crítica a las instituciones de la sociedad burguesa y de promover prácticas políticas de participación, este movimiento había cohesionado a miles de estudiantes universitarios en torno a los valores pacifistas que promovían la abolición de la discriminación de clase, del racismo y de la militarización; y a pesar de que muchas mujeres participaron en sus actividades políticas y con ello adquirieron importantes experiencias, comenzaron a vivir en carne propia el sexismo político y social. En repetidas ocasiones, la participación de las mujeres se limitaba al trabajo de oficina y a las labores de limpieza, y sus palabras eran silenciadas a la hora de tomar las decisiones (Duayhe, 2001, p. 126).

Se toma entonces la decisión de hacer un alto en el camino, pues las mujeres se dan cuenta de la incoherencia expuesta por orden establecido, que se ufana de no ser jerarquizado, ni autoritario, y establecen que es el sexo la primera causa de opresión. Así pues se da inicio al movimiento feminista radical.

Ya emancipadas, las radicales consideran que su movimiento podía ser enorme y muy efectivo si las mujeres tomaran conciencia de su opresión, por lo que emprendieron esta tarea a partir de la afirmación de las diferencias con los hombres. Para ello, fueron dejando atrás el lenguaje feminista liberal que hablaba de discriminación y de igualdad de derechos, y comenzaron a hablar más bien de opresión, de liberación e incluso revolución (Le Gates, 2001. p. 128).

El término que se le asigna a este nuevo aire de la segunda "ola": "radical" obedece a la pretensión de buscar la raíz de la opresión de las mujeres y la convicción de que ésta puede ser eliminada totalmente.

Como el sexismo era el origen de la opresión, el feminismo radical se convirtió en un movimiento político dedicado a eliminar el sistema estructurado con base en la "clase sexual" (Le Gates, 2001, p. 127).

El término "radical" también indicaba que la opresión de las mujeres constituía la base de todos los otros sistemas de opresión, los llamados "ismos" como es el caso del racismo y el clasismo. De esta manera, se plantea que la lucha contra el sexismo se debía dar en todos los frentes de la vida, y se acuña el lema "lo personal es político", es decir, que en la vida personal también hay una dimensión política y un poder político que debe ser combatido (Le Gates, 2001, p. 127). El lema de las feministas radicales se enfrentaba a la creencia tradicional de la izquierda de que los problemas de las mujeres son solamente quejas personales sin relevancia política, y redefinía el término "político" al incluir las nociones de dominación y opresión de género (Le Gates, 2001, p. 127).

Respecto a lo anterior las feministas radicales argumentan que tanto el sexo como el género han sido opresivos para las mujeres en la medida en que han sido utilizados por los hombres para dominarlas. *"El sexo de las mujeres se limitó a la heterosexualidad reprimiendo toda posibilidad lesbiana,"* (Maccise, 2001, p.130) y el

género se ligó a ideas rígidas sobre lo que es la feminidad, los roles y las actitudes que deben adoptarse. Así mismo esbozaban que el patriarcado ha mantenido intacta la relación univoca entre sexo y género a través de, por un lado, la educación, las leyes y la economía; y por el otro, la prostitución, la violación, el acoso sexual y la pornografía. Así, las feministas radicales consideran que la pretensión de estas prácticas intimidatorias hacia las mujeres que participan en las actividades tradicionalmente asociadas con los hombres, es mostrarles que su “verdadero lugar” está en el hogar. (Maccise, 2001, p.130).

Ahora, y respecto a lo anterior se evidencian las críticas que se han establecido a las radicales, pues las situaciones y argumentos carecían en cierta medida de un cimiento estable y su explicaciones con respecto en primera medida a la idea determinista de la naturaleza de las mujeres era desviada de la realidad, así mismo y como segundo ítem se les critico la falta de una historia que sustentara su teoría de la opresión, la poca atención a la opresión de clase y raza, la falacia de un “consenso sexual” confiable, y la ingenuidad de su postura frente a la pornografía fueron situaciones que embarcaron al feminismo en otro nuevo aspecto.

Para el caso de la idea determinista de la naturaleza, se evidencia que una de las propuestas principales de las feministas radicales es que la liberación de las mujeres se logrará plenamente cuando se logre tecnológicamente sustituir la reproducción natural con la artificial. Esta propuesta ignora que dicha liberación se realizará dentro de un contexto social, cultural y político que de entrada valora negativamente las prácticas que las mujeres tradicionalmente han realizado (Maccise, 2001, p. 145).

Para una sociedad en la que se exaltan las actividades que se realizan en la esfera pública, como son la ciencia, el arte y la política, los nueve meses de embarazo y los subsecuentes años de crianza y educación representan una enorme desventaja. A las radicales se les ha acusado, como a las liberales, de ingenuas por pensar que la reproducción artificial y la liberación al “estilo masculino” erradicaría la opresión, ya que no toman en cuenta que la tecnología está en manos de los hombres y no de las mujeres, por un lado y, por otro, no dejan de dar prioridad a las actividades y actitudes que tradicionalmente han sido asignadas a los hombres. La opresión de las mujeres, afirman las feministas críticas del feminismo radical, no acabará con la reproducción artificial, por el contrario existe la posibilidad de que al otorgar a los hombres la única

cuestión de la que dependen de las mujeres, es decir, la reproducción natural, se consolide su poder (Duayhe, 2001, p. 149).

El segundo momento crítico para las feministas radicales se relaciona con la idea de que la opresión de las mujeres radica en “la estructura patriarcal”, posición que asumen a partir de prácticas concretas, pero dejando de lado el relato de su desarrollo histórico. Por ello, su teoría ha sido calificada de ahistórica al no considerar que la dominación haya cambiado a través del tiempo. En esta falta, también ignoraron que las mujeres han tenido poder en diferentes sociedades y han influido en las transformaciones sociales y políticas a lo largo de la historia. Si la teoría radical dejara por un momento la universalización de la opresión podría ver que las mujeres también han construido una historia propia (Maccise, 2001, p.150)

2.3.5. Feminismo Cultural

La crisis de identidad que fragmentó al feminismo radical dio lugar al feminismo cultural. Este tipo de feminismo pretende unificar al movimiento feminista asegurando la existencia de una “esencia femenina” anterior a cualquier particularidad de raza, clase, nacionalidad y preferencia sexual. Con ello el feminismo cultural crearía la verdadera hermandad universal de las mujeres que no lograron las radicales:

La unión entre las mujeres está basada no sólo en la opresión sino en una serie de “valores femeninos” compartidos, asimismo, proponen que en la medida en que se incorporen estos valores a las “instituciones sociales masculinas” se crearía un mundo más humanitario y pacífico (Maccise, 2001, p. 59).

En principio, las feministas culturales sostienen que por naturaleza las mujeres son diferentes a los hombres y por ello ambos caminan por sendas diferentes; sin embargo, pretenden que la sociedad adopte los valores “femeninos” que son considerados en gran medida superiores a los “masculinos”. Un slogan popular de la época decía: “las mujeres que se esfuerzan por ser iguales que los hombres carecen de ambición” lema que demuestra la nueva confianza de las mujeres en sí mismas (Maccise, 2001, p. 168).

Las feministas culturales también criticaron que un grupo de mujeres que se consideraban “liberadas” devaluaran las actividades tradicionales propias de su género al igual que siempre lo han hecho los hombres. Por el contrario, declararon que no deseaban terminar con los problemas y los malestares propios de los hombres, provocadas básicamente por la competencia; y aseguraron que se sentían orgullosas de realizar las labores en el hogar y consideraban una vocación noble el cuidado de los niños y los ancianos (Young, 1996, p. 238). Con el respaldo de estas ideas, trataron de mostrar que la naturaleza ha privilegiado a las mujeres al otorgarles a ellas -y no a los hombres- la función de la reproducción y la maternidad, las cuales en sí mismas son consideradas buenas; además de haberles otorgado una serie de cualidades y características que los hombres nunca podrán conocer, como es la sensibilidad, la percepción, la ternura y el cuidado (Maccise, 2001, p. 72).

El feminismo cultural fue severamente criticado por las teorías y los movimientos feministas que luchaban en contra de la opresión, ello especialmente, por abandonar la lucha feminista en la esfera pública, asignar ideas esencialistas a los hombres y a las mujeres, exaltar las virtudes de la reproducción desarrollada en la opresión, establecer una preferencia sexual “políticamente correcta” y atribuirle a la pornografía un papel fundamental en la opresión ignorando otras cuestiones más básicas (Duayhe, 2009, 171).

2.4. Tercera “ola” feminista: de la universalización a las particularidades propias de la diversidad

El surgimiento de la tercera etapa algunos la enmarcan a finales de la década de los 80’s y otros a inicios de la década de los 90’s del siglo pasado, esta etapa toma forma a partir de las críticas a los hallazgos y producciones teóricas de las etapas anteriores donde se asumía “(...) *la universalidad del concepto mujer. (...) Planteando la necesidad de superar el sesgo etnocéntrico de dichos estudios y su tendencia a los modelos universales, pluralizando y hablando de “las mujeres”, diversas y múltiples en realidades y no como unicidad abstracta que habla más de la esencialidad biológica homogénea*” (Hernández, 2006, p. 2).

La tercera “ola” se caracterizara por particularizar en variables relacionadas con la diversidad cultural, racial, religiosa, ideológica, étnica, sexual etc., como fenómenos que no se pueden homogenizar. A partir de este asunto se empiezan a reflejar y fortalecer fenómenos identitarios que permitieron acceder a nuevos reclamos y en ocasiones dando paso al reconocimiento de derechos civiles y políticos relacionados con “las minorías”.

A diferencia de las feministas tradicionales, las postmodernas intentaron redescubrir a las “mujeres” y explorar su significado como actividad simbólica, es decir, como una entidad construida socialmente a través de los discursos del poder. La opresión “real” de las mujeres, que las feministas radicales y culturales pretendían describir, no es tan obvia en la medida en que no hay una “realidad objetiva” que pueda ser aprehendida en su totalidad y que sea independiente de las interpretaciones. Las feministas postmodernas buscan interpretar contextualmente la opresión de la diversidad de las “mujeres”, lo cual es una tarea constante y permanente de resignificación y reinterpretación. Las feministas postmodernas deben pensar de manera pragmática, contextual y local, en métodos y categorías específicos de acuerdo con la tarea de crítica social y política que se les presente (Maccise, 2001, p. 204).

A partir de este momento –tercera “ola”- se empieza a trascender o más bien a cambiar de manera más fuerte las pretensiones de las feministas y se pasa de reclamar por la igualdad a reclamar por la equidad de género, este último entendido como igualdad entre la diversidad bajo dimensiones legales, económicas, políticas y sociales, y sin desconocer las diferencias biológicas y fisiológicas; aunque hasta este aspecto como se dirá más adelante también podría ser cuestionable. En resumen “hablar de las mujeres como grupo, como conjunto con características e inquietudes semejantes, no responde a la compleja y plural realidad de las distintas mujeres” (Aguilera, 2008, p. 68). Frente a este aspecto surge el interés por buscar en la estructura teórica de la tercera “ola” del feminismo los rastros que permitan evidenciar el asunto relacionado con el reconocimiento cuestiones identitarias, fenómeno que logra postularse como uno de los actuales problemas políticos.

Contrario a lo que se observa en la primera “ola” de feminismo y su universalidad mujer donde se homogenizaba y encasillaban al individuo, y donde se afirmaba de que

la sociedad no cambiaría si no se transforman los mecanismos de poder que funcionan fuera de los aparatos de Estado. Aduciendo además que si se consiguen modificar estas relaciones o hacer intolerables los efectos de poder que en ellas se propagan, se entorpece enormemente el funcionamiento de los aparatos de Estado. Este nuevo territorio político, está en el origen de la fórmula *“lo privado es político”* (Gómez, 2003, 140).

Así pues autores como Jesús García e Iris Marion Young se han preocupado por analizar este fenómeno y lo han identificado como un problema político. El primero considera que los procesos de lucha por el reconocimiento son un fenómeno político e intelectual que conduce hacia un ideal desmitificador de mentalidades. Es decir forjan un proceso que transforma el *“(…) comportamiento social y político de numerosos grupos sociales pues han aprendido a pensar estratégicamente, a formalizar sus intereses y a posicionarse en el terreno político del que tradicionalmente estaban excluidos. Todos estos procesos han pluralizado a las culturas desde el interior, pluralizando como consecuencia las sociedades locales y nacionales, y han diversificado los marcadores que configuran las identidades”* (García, 2010, p. 155)

Cuando se está hablando de tercera “ola” del feminismo claramente se está dando entrada a un campo discursivo que permite hablar e identificar asuntos relacionados con la identidad, tema que es fundamental para los politólogos, *“(…) teniendo en cuenta la dimensión intrínsecamente política de los fenómenos identitarios: lo que está en juego en la identidad es, en efecto, la construcción de los lazos sociales, los procesos de integración social, las relaciones de dominación y de poder”* (García, 2010, p. 159).

De ahí que estos lazos y procesos no solo generan vínculos para crear acciones colectivas trascendentales, sino que permiten la unificación de ideales y lo más importante dan cabida a la diferenciación propia de los grupos humanos, es decir se genera conciencia no solo sobre las diferencias sino además sobre las particularidades que en otros procesos sociales no se tenían en cuenta como es el caso propiamente del feminismo, donde en las etapas anteriores a la llamada tercera “ola” se logró interiorizar y expandir un concepto de mujer que aludía a un sujeto universal que por su condición fisiológica y biológica se encontraba sometida bajo ciertas condiciones y

que a su vez manifestaba las mismas necesidades y por ende tenía los mismos reclamos y requerimientos.

Estas diferencias y a su vez particularidades son de algún modo las que forman los procesos identitarios, procesos que resultan ser importantes porque trascienden y logran transformar sociedades, instituciones, lógicas de poder y accionares de los sectores sociales. Estos son una cuestión que aunque incide de manera directa en la sociedad afectan también al individuo; la “individuación” es un término que *“(…) corresponde a un proceso a través del cual un grupo emergente adquiere, al diferenciarse de otros grupos, características que le permiten designarse frente a otros dominantes y hegemónicos y, de esa manera, ser reconocido a través de la construcción una nueva centralidad que le permita reposicionarse”* (García, 2010, p. 161).

Al hablar de identidad resulta indispensable remitirse al asunto del reconocimiento, puesto que este es el componente que complementa el fenómeno identitario al vincular y aceptar el “otro” con sus diferencias, es decir da cabida a la pluralidad. El reconocimiento implica, garantizar la igualdad en cuanto derechos, enriquecer la sociedad, asumiendo las diferencias, como algo provechoso y dejando de lado el pensamiento de pretender que todos somos un ente homogéneo diferenciando simplemente por un aspecto biológico, que te ubica en determinada etapa de la sociedad.

En la actualidad han cobrado vigencia conceptos relacionados con la identidad, no solo a partir de individuos sino también de sociedades y los grupos sociales que reclaman el reconocimiento formal y social por su pluralización oponiendo el ideal clásico y homogéneo, que enmarca las identidades.

Existe un punto en común y tal vez el más importante entre las autoras feministas de tercera “ola” y los académicos de las teorías de la identidad y el reconocimiento; éste tiene que ver con considerar errónea la concepción de entender un grupo humano como un ente homogéneo, que tiene igualdad de condiciones y a su vez de intereses.

Tal crítica permite ahondar en el cuestionamiento que genera la concepción de entender “el sujeto” como algo “pre-existente a las normas y los discursos sociales,” (Buttler, 2001, p. 40) este cuestionamiento es dado a partir de reconocer que los

sujetos partícipes de cualquier grupo social construyen su identidad desde el reconocimiento y aceptación de unas normas y costumbres que parcializan su identidad, lo que conlleva a una construcción subjetiva del sujeto, es decir entender que hay sujeto antes de interactuar con alguna cultura y ser parte de determinado grupo social no sería coherente, por lo menos para este estudio porque “(...) *son las prácticas discursivas y culturales las que dan forma al sujeto*” (Buttler, 2001, p. 41).

Partiendo de esta premisa cabe aclarar que para Buttler la mujer no es un sujeto homogéneo que de manera preexistente tiene un lugar estable y determinado en el orden social, más bien las mujeres adoptan ciertos comportamientos a partir de aspectos en su mayoría culturales, asunto que deja sin base la determinación de entender el género como un fenómeno preexistente; existen culturas donde el rol de hombres o mujeres no es determinado por su condición biológica como es el caso por ejemplo de los indígenas Inuit, donde se desmiente el mito que genera una división del trabajo como consecuencia a la “fragilidad” y a la “fuerza” que usualmente se atribuyen a la mujer y al hombre respectivamente.

En esta sociedad, donde la reencarnación del nombre de un ancestro muerto era esencial a la continuidad social del grupo, no era raro que un niño cambiara de sexo al nacer por efecto de la atribución del nombre de un ancestro, recientemente fallecido, aun cuando ese nombre no concordara con el fallecido, aun cuando ese nombre no concordara con el sexo biológico del niño. De tal modo, un varón podía reencarnar en una mujer, llevar su nombre y ser educado como una niña; y viceversa. En el caso de que una niña llevara un nombre masculino, acompañaba a su padre a la caza de focas y se le daba la posibilidad de convertirse en una excelente cazadora (Le monde, 2007, p. 17).

Este ejemplo es dado sólo para reforzar la idea de que la humanidad no puede seguir tratando de incorporar sobre determinado lado de la sociedad sujetos que se diferencian por condiciones biológicas, que en muchos casos son condicionadas por costumbres y aspectos no solo culturales, sino académicos y sociales que como se profundizo en el capítulo anterior convierten algunos sujetos en “el otro”; ese otro que requiere adaptarse a las propuestas generadas desde los discursos dominantes para no permanecer estigmatizado y continuar incorporados en la sociedad.

Al respecto conviene decir que la sociedad al ser un fenómeno complejo de estudiar, no permite hablar en realidad de una sociedad conformada y consolidada por sujetos que mantienen un orden social estático, por ende las agrupaciones que surgen desde la sociedad no demandan los mismos derechos y peticiones como ya se dijo en líneas anteriores; esto obedece a la existencia de diversos parámetros culturales, económicos y políticos que generan condicionantes no solo éticos y morales, sino además sentimentales, que una vez más desmitifican el ideal de entender “la mujer” como un universo homogéneo que va en busca de los mismos ideales y patrones de comportamiento que solo apuntan al intento por igualar las actividades políticas y económicas entre hombres y mujeres.

Al afirmar que no es debido homogenizar los derechos y las pretensiones de la sociedad resulta oportuno mencionar estudios por ejemplo como los de la autora Iris Marion Young, quien focaliza varios de sus análisis en la crítica a la homogenización de los derechos y los reclamos por asuntos como la ciudadanía, la identidad y el reconocimiento. La autora realiza una crítica al mundo burgués por instituir una “(...) *división moral del trabajo entre razón y sentimiento, identificando la masculinidad con la razón y la feminidad con los sentimientos, el deseo y las necesidades del cuerpo*” (Young, 1996, p. 103).

Esta crítica nos lleva a ampliar la mirada para entender que la sociedad requiere la construcción de una esfera pública plural; esfera pública entendida como un espacio común, donde los miembros de una sociedad se reúnen para debatir y deliberar asuntos de interés general para de este modo llegar acuerdos comunes. Estos espacios pueden ser físicos o virtuales, inclusive las personas aun sin conocerse pueden coincidir en puntos de vista sobre alguna situación de interés común, creando como resultado un consenso activamente productivo.

Cuando se habla de pluralidad lo que se pretende es postular la trascendencia de la homogeneidad cultural clásica a una aceptación real por la diferencia, asunto que propone nuevos retos a la esfera pública para tratar de enfrentar las cuestiones relacionadas no sólo con la identidad sino también con el reconocimiento, puesto que este es el componente que complementa el fenómeno identitario al vincular y aceptar el “otro” con sus diferencias, es decir, brinda cabida a la pluralidad. El reconocimiento implica garantizar la igualdad en cuanto derechos, asumir la diferencia como una

propuesta enriquecedora y dejar de lado el pensamiento que pretende ubicarnos como un ente homogéneo que divide la sociedad en dos grupos, división guiada por aspectos biológicos.

En la actualidad han cobrado vigencia conceptos relacionados con la identidad, no solo a partir de individuos sino también de sociedades y los grupos sociales que reclaman el reconocimiento formal y social por su pluralización oponiendo el ideal clásico y homogéneo, que enmarca las identidades.

Tras describir los elementos que se analizan desde el feminismo de tercera “ola” es claro que existe una *“(...) irreversible marca que el postmodernismo ha dejado en el feminismo contemporáneo, especialmente por lo que se refiere a su crítica al sujeto de la modernidad que, como vimos, algunas de las teorías feministas acogieron sin más”* (Maccise, 2001, pág. 189). Es por ello que para las feministas de tercera “ola”, el sujeto se posiciona como un elemento más del lenguaje, declarando con ello su muerte y cerrando la posibilidad de construir un proyecto que aspire a la emancipación de las mujeres.

Así mismo condicionan la historia del feminismo al destierro, ganándose en este sentido fuertes críticas desde el mismo lado feminista, pues argumentan que encaminar un proyecto político feminista requiere de una historia de la opresión que dé cuenta de la discriminación que han sufrido las mujeres. Los grupos marginados que luchan por la construcción de un proyecto político emancipatorio necesitan una interpretación de su historia. Las feministas postmodernas consideran que, si bien no es deseable una historia basada en una gran narrativa, un requisito indispensable para una teoría feminista comprometida con la emancipación de las mujeres, es una historia que interprete las vidas y las luchas de las mismas desde diferentes, y hasta contradictorios, puntos de vista.

A esta nueva “ola” del feminismo se le ha criticado el no sugerir categorías alternas o nuevos mecanismos para sustituirlas; el reclamo principal es que el postmodernismo es simplemente reactivo y poco propositivo, minando así la posibilidad de construir un proyecto político de emancipación. Sin la herramienta de la categoría “mujer” y sin las experiencias de opresión, el feminismo se quedaría sin ninguna identidad para realizar acciones políticas y sin ninguna base material o simbólica para mostrar la discriminación.

De hecho algunos teóricos y analistas del feminismo de segunda “ola”, advierten que la nueva “ola” feminista se desenvuelve como anti-feministas, pues la conversión que debe existir hacia el hombre varío y no son acogidas con tanto beneplácito por este nuevo orden, exponiendo también que esta nueva “ola” no reconoce los objetivos que logro el feminismo de segunda “ola”. Contrario a esto las de tercera “ola” no aceptan la idea de que el feminismo ha erradicado el sexismo institucional, o que las líneas entre el privilegio y la explotación basada en la raza, el origen étnico, la religión, la sexualidad, la capacidad física y la forma de su cuerpo han desaparecido.

Por tanto se consolidan como activistas muy activas, valga la redundancia, y como mucha vocería en temas como: la violación, la violencia contra la mujer, la igualdad económica y otras formas de explotación de las mujeres, como ejemplo se observa a “femen” mujeres muy activas que no solo llaman la atención por sus cuerpos desnudos sino por su vehemencia al reclamar y reivindicar la labor de la mujer, o el grupo de rock Ruso las PussyRiot², que se erigen como fervientes feministas, capaces de enfrentarse al Estado por exigir respeto hacia la mujer.

Para terminar, es inamisible mostrar el rechazo del feminismo de tercera “ola” al feminismo anterior, para aplicar una acción política basada en la asimilación, en donde las mujeres se apropian de las acciones y actitudes tradicionalmente “masculinas”. El no cuestionar las categorías establecidas, ni el porqué de su surgimiento, ni sus objetivos y metas, haría de estos feminismos una teoría falocéntrica que no recupera la diversidad de las mujeres y pone al “hombre” racional, autónomo y consiente como el prototipo de la idea de humanidad a la que éstas deben aspirar (Maccise, 2001. p. 200).

En la actualidad han cobrado vigencia conceptos relacionados con la identidad, no sólo a partir de individuos sino también de sociedades y los grupos sociales que reclaman el reconocimiento formal y social por su pluralización oponiendo el ideal clásico y homogéneo, que enmarca las identidades.

Así pues autores como Jesús García e Iris Marion Young se han preocupado por analizar este fenómeno e identificarlo como un problema político. El primero

²Se resalta que al traducir su nombre al español sería, “vaginas amotinadas”.

considera que los procesos de lucha por el reconocimiento son un fenómeno político e intelectual que conduce un ideal desmitificador de mentalidades. Es decir forjan un proceso que transforma el “comportamiento social y político de numerosos grupos sociales pues han aprendido a pensar estratégicamente, a formalizar sus intereses y a posicionarse en el terreno político del que tradicionalmente estaban excluidos. Todos estos procesos han pluralizado a las culturas desde el interior, pluralizando como consecuencia las sociedades locales y nacionales, y han diversificado los marcadores que configuran las identidades” (García, 2010, p. 155). *“La cuestión de la identidad es central para los politólogos, teniendo en cuenta la dimensión intrínsecamente política de los fenómenos identitarios: lo que está en juego en la identidad es, en efecto, la construcción de los lazos sociales, los procesos de integración social, las relaciones de dominación y de poder”* (García, 2010, p. 159).

Para García los procesos identitarios son tan trascendentales que logran transformar sociedades, instituciones, lógicas de poder y accionares de los sectores sociales. Son una cuestión que aunque incide de manera directa en la sociedad afectan también al individuo; la “individuación” termino que “(...) corresponde a un proceso a través del cual un grupo emergente adquiere, al diferenciarse de otros grupos, características que le permiten designarse frente a otros dominantes y hegemónicos y, de esa manera, ser reconocido a través de la construcción una nueva centralidad que le permita reposicionarse” (García, 2010, p. 41 - 42).

Al hablar de identidad resulta indisoluble remitirse al asunto del reconocimiento, puesto que este es el componente que complementa el fenómeno identitario al vincular y aceptar el “otro” con sus diferencias, es decir brinda cabida a la pluralidad. El reconocimiento implica, garantizar la igualdad en cuanto derechos, enriquecer la sociedad, asumiendo las diferencias, como algo enriquecedor y dejando de lado el pensamiento de pretender que todos seamos un ente homogéneo.

CAPÍTULO 3

DE UNIVERSALES, ANTIESENCIALISMOS, POLÍTICAS Y POSIBILIDADES: *(des)encuentros entre la analítica de Foucault y los feminismos de “tercera ola”*

Cuando pienso en la mecánica del poder, pienso en su forma capilar de existencia, en el punto en el que el poder encuentra el núcleo mismo de los individuos, alcanza su cuerpo, se inserta en sus gestos, actitudes, sus discursos, su aprendizaje, su vida cotidiana.

Michel Foucault

A modo de introducción

La obra de Michel Foucault se ha destacado como referente, entre otros, para la teorización del pensamiento y la práctica feminista, entendida ésta como una práctica discursiva que obtiene su dimensión política mediante un vínculo directo con las situaciones estratégicas e históricas que contesta y pretende transformar. Como parte de ese encuentro discursivo ha sido objeto de muy diversas lecturas, que van desde el evidente rechazo de algunas teóricas feministas hasta la alianza estratégica y productiva que han elaborado los llamados “feminismos foucaultianos”, que ven en la propuesta analítica del autor “(...) una fastuosa caja de herramientas que ofrece conceptos brillantes, instrumentos operativos e incitaciones originales” (Perrot, 1997, p. 104), todos ellos inquietantes y fértiles terrenos de reflexión y revisión continua de sus prácticas y sus discursos.

No obstante, como también lo muestra la ya citada Michèle Perrot, la aparición de las mujeres en la obra de Foucault se da a través de figuras ambivalentes, mediante presencias esquematizadas y poco problematizadas, en donde la referencia a la feminidad aparece en ocasiones sobre la base de hondas raíces androcéntricas (1997). Situación que para muchas autoras concede un estatus político paradójico a sus propuestas, “(...) a la vez, críticas del pensamiento moderno y de los postulados de la Ilustración, pero también herederas de algunos de ellos que, en ocasiones, replantea con radicalidad” (Amigot; Pujal, 2006, p. 102). Lo cual en ocasiones como lo considera Celia Amorós al analizar el vínculo entre Feminismo e Ilustración, ha conllevado a que “(...) el feminismo se convierta en la coherente radicalización del proyecto ilustrado” (1994, p. 343).

Ahora, ni las diferentes lecturas realizadas son prescriptivas ni homogéneas o mucho menos unificadas, como tampoco lo es la praxis de los feminismos. Más bien sus fundamentos contingentes y sus marcos normativos o reguladores, muchas veces precarios, constituyen un escenario en el que las tensiones y desplazamientos continuos permiten un ejercicio político situado y de márgenes abiertas al cambio y a la constante interpretación discursiva. Siendo las posiciones postestructuralistas las que dentro del feminismo han asumido con mayor compromiso la difícil tarea de desestabilizar las categorías convencionales de pensamiento que giran alrededor de las estructuras de cognición del sujeto moderno, haciendo converger presupuestos antiesencialistas con “(...) una voluntad específica de problematizar y combatir los efectos de dominio que la construcción de la diferencia sexual implica” (Amigot; Pujal, 2006, p. 103).

De ahí el interés, tanto por la obra de Foucault como por la heterogénea y prolija escena de la acción y el pensamiento feminista, puesto que en su medida y con unos límites y alcances aún por explorar, ambas construcciones analíticas bajo un permanente principio de inquietud han buscado quebrar los hilos de los relatos identitarios y los trayectos repetidos que éstos establecían. Han impugnado esencias y universales desde posiciones políticas asumidas y para el caso de los aportes de la obra de Foucault ha sido una “caja de herramientas”. Una aliada estratégica en la construcción de una cartografía inquietante del presente, con sus conflictos y posibilidades. Sus aportaciones analíticas y las de los discursos y exploraciones de los feminismos se han trazado de manera paralela, divergente y entrelazada. Sin embargo, con puntos de contacto indudables por medio de un diálogo, fluido y paradójico, que da pies a nuevas prácticas y nuevos tránsitos (Amigot; Pujal, 2006, pp. 102 y 103).

En este orden de ideas, y sin entrar en un estudio pormenorizado de las discusiones, igualmente importantes, en torno a la *modernidad/posmodernidad*, *estructuralismo/posestructuralismo* o la tensión entre las reivindicaciones de reconocimiento y el ejercicio del poder político dentro de las esferas públicas vinculadas a los llamados feminismos de la igualdad y de la diferencia, los cuales son la puerta de entrada a los debates en torno a la “tercera ola del feminismo” (Amorós, 1994, 1997; Nicholson, 1990; Fraser y Hanneth, 1998), simplemente abordaremos la preeminencia de su dimensión política, frente a la reflexión sobre los efectos de

dominio que pueden derivarse en espacios de análisis que contemplen no tanto los conceptos y las nociones de poder, saber o sujeto de forma aislada, sino los procesos y relaciones poliédricas entre ellos. Lo cual creemos se relaciona más con la esencia de una reflexión feminista, difícilmente domesticable bajo una presentación esquemática, y a su vez, con la voluntad específica de subvertir un orden androcéntrico que configura unas determinadas identidades sexuales normativas basadas en estructuras universalistas con pretensiones de dominación.

Tenemos entonces que Foucault al no pretender establecer un sistema teórico cerrado ha devenido en interlocutor privilegiado de gran cantidad de desarrollos teóricos y reflexiones acerca del poder, la dominación y la subjetividad. Y considerando que las confluencias y divergencias de las lecturas feministas con su obra no se dan de manera unánime. Por el contrario, se han situado en niveles de concreción muy diversos; en donde, la propia “extraña coherencia” (López Álvarez; Muñoz, 2000, p. 22); o la “continuidad en la discontinuidad” (Ibáñez, 2001, p. 122) de las formulaciones foucaultianas, sumado a la diversidad de los análisis feministas, generan lecturas divergentes y con esto un terreno fecundo de comprensiones que se interpelan mutuamente y establecen conexiones móviles entre ellas. En el presente capítulo sólo se pretende apuntar algunos de los destellos reflexivos y de las intensidades políticas que la elucidación mutua de tales lecturas ha permitido. Las cuales partirán por ubicar desde una lectura de *Historia de la sexualidad I, II y III*³ algunos de los elementos analíticos que dan cuenta de la existencia de un *sujeto* mujer en la obra de Foucault, para luego mostrar aquellos puntos de distanciamiento y entronque discursivo entre la analítica del autor francés y algunas de las propuestas más significativas de los feminismos, y así, mostrar varios de los lugares de enunciación en los cuales es posible evidenciar un dialogo entre Foucault y los llamados “feminismos de tercera ola”.

3.1. Una presencia difusa: el *sujeto* mujer en la obra de Foucault

Androcéntrica, ambivalente, esquematizada y poco problematizada, son algunos de los calificativos que se han asociado a la presencia de las mujeres en la obra de Foucault

³La Historia de la sexualidad es el último trabajo escrito por Foucault. Está publicado en tres volúmenes: La voluntad de saber (1976); El uso de los placeres (1984); y La inquietud de sí (1984). Un cuarto volumen (Las confesiones de la carne) aún inédito, quedó inconcluso a la muerte de Foucault, acaecida en junio de 1984.

(Perrot, 1997). Sin embargo al desnaturalizar algunas verdades acerca del cuerpo, el sexo y el *sujeto*, Foucault produjo una analítica de la sexualidad que fue más allá de una simple teoría de la represión del sexo. El autor mostro en su *Historia de la Sexualidad* (1976) que los cuerpos sexuados –entre ellos el de la mujer- no son simplemente silenciados y reprimidos, sino por el contrario, puestos en el discurso hasta el agotamiento, convertidos en elementos clave para el control de los cuerpos y de las poblaciones por medio de la producción de “verdades” sobre el sexo y la sexualidad.

Es así que el discurso sobre el sexo se articula al poder y al saber en una serie de segmentos discontinuos, cuya función táctica no es uniforme y mucho menos estable, es compuesta de una multiplicidad de elementos discursivos que pueden hacer parte de estrategias diferentes y a la vez de cambios y reapropiaciones de fórmulas idénticas para objetivos opuestos. Una dinámica compleja, un discurso que puede ser al mismo tiempo, instrumento y efecto de poder. Es entonces por medio de los análisis entorno a la sexualidad que la presencia de la mujer entra al discurso de Foucault de manera menos difusa (Braidotti, 2000). Así, el autor francés al estudiar las diferentes formas en que se articulan las relaciones de poder, encuentra en la sexualidad uno de los elementos discursivos dotados de mayor instrumentalidad. Situación que se hace más evidente a partir do siglo XVIII, donde es posible distinguir cuatro grandes grupos de estrategias que desarrollan dispositivos específicos de saber y poder en relación al sexo: *la histerización del cuerpo de la mujer, la pedagogización de la sexualidad de los niños, la socialización de conductas de procreación y la psiquiatrización de los placeres perversos* (Foucault, 1995).

La sexualidad pasara a ser el nombre dado a un dispositivo de gobierno, en el que se encadenan, según estrategias de saber y poder; la estimulación de los cuerpos, la intensificación de los placeres, la incitación al discurso, la formación de los conocimientos y el refuerzo de los controles y las resistencias. El dispositivo de sexualidad está ligado a la economía a través de los cuerpos, que son asumidos como objetos de saber e como elementos en las relaciones de poder, los cuales una vez penetrados cimentan las dinámicas de control del poder para con las poblaciones de manera cada vez más global. Michel Foucault mostro que el primer personaje objeto de la sujeción del dispositivo sexualidad fue la mujer histérica, burguesa y ociosa, y que

durante mucho tiempo los estratos populares escaparon del dispositivo de sexualidad, manteniéndose sometidas al *dispositivo alianza*⁴. El dispositivo de sexualidad fue elaborado para y por las clases privilegiadas, que buscaban autoafirmarse a través de la verdad sobre su sexo y el cuidado de su cuerpo; y luego extendido al resto del cuerpo social como medio de control económico y sujeción política principalmente en lo referente al control de la natalidad y la moralización de las clases populares. De hecho a la burguesía “(...) a partir de mediados del siglo XVIII, hay que verla empeñada en proveerse de una sexualidad y constituirse a partir de ella un cuerpo específico, un cuerpo de “clase”” (Foucault, 1995, p.151).

En la historia foucaultiana, los cuerpos de los niños, mujeres, jóvenes y parejas fueron escudriñados con el fin de establecer fronteras entre normalidad y patología. Tal operación unió los discursos médico, pedagógico, jurídico y de gobierno, evidenciando que el control no sólo se da sobre los cuerpos individuales sino también sobre la población en tanto cuerpo social (Foucault, 1995, p. 29). Un control o sujeción que se da por medio de una suerte de ingeniería conceptual e institucional, en donde los cuerpos fueron separados, analizados y sometidos a una clasificación detallada en relación a sus prácticas sexuales, para así distinguirlas entre normales y anormales. Así, a partir de *Historia de la sexualidad* (1976) las mujeres se convierten en sujeto de un proceso de control y objetivación, un espacio estratégico cuyo *cuerpo/sujeto/mujer* – ente biológico y construcción cultural-, es objeto de análisis por parte de los discursos médicos y psicológicos. Foucault nos presentara de esta manera lo que él denomina “histerización del cuerpo de la mujer”, que no es otra cosa que una minuciosa medicalización del cuerpo femenino, lo cual, como señala en *La voluntad de saber* (1976), supone un vínculo entre el sujeto biológico y el cultural que asigna a las mujeres roles y modos de ser, entre ellos: el de velar por la solidez de la institución familiar, la crianza y el cuidado de la salud de los niños y con ello la responsabilidad de la salud de la sociedad (Foucault, 1976)

¹ Foucault aborda el tema de los dispositivos de alianza y de sexualidad como relaciones de sexo. El de alianza sería: sistema de matrimonio, de fijación y de desarrollo del parentesco, de transmisión de nombres y bienes. En una palabra, el dispositivo de alianza sin duda está orientado a una homeostasis del cuerpo social, que es su función mantener; de ahí también que, para él, el tiempo fuerte sea el de la “reproducción”. El dispositivo de sexualidad no tiene como razón de ser el hecho de reproducir, sino el de proliferar, innovar, anexar, inventar, penetrar los cuerpos de manera cada vez más detallada y controlar las poblaciones de manera cada vez más global.

Como lo plantean Patricia Amigot y Margot Pujal (2006) Foucault va otorgando progresivamente importancia y entidad a las regulaciones de las posiciones masculinas y femeninas como relaciones de poder; incluso lo considera como tema de análisis para uno de los futuros volúmenes de la historia de la sexualidad; proyecto que abandonó y recondujo posteriormente:

Se ha intentado durante mucho tiempo fijar a las mujeres a su sexualidad. “No sois nada más que vuestro sexo”, se les decía desde hace siglos. Y este sexo, añadían los médicos, es frágil, casi siempre enfermo y casi siempre causa de enfermedad. “Sois la enfermedad del hombre”. Y este movimiento muy antiguo se precipitó hacia el siglo XVIII desembocando en una patologización de la mujer: el cuerpo de la mujer llega a ser el objeto médico por excelencia. Intentaré más adelante hacer la historia de esta inmensa “ginecología” en el más amplio sentido del término (Foucault, 1977, p. 261).

En el segundo y tercer volumen de Historia de la Sexualidad: *El uso de los placeres* (1984); y *La inquietud de sí* (1990), Foucault analiza las prácticas del discurso y el control de la sexualidad entre los antiguos griegos y romanos; señala que las prácticas a las que les hemos asignado el rotulo de “sexualidad” constituían lo que la cultura greco-romana llamaba “artes de la existencia”, o sea, “(...) esas prácticas reflejadas y voluntarias mediante las cuales los hombres no solamente se fijan reglas de conducta, sino que también tratan de transformarse, modificarse a sí mismos en su ser singular y hacer de su vida una obra que sea portadora de ciertos valores estéticos y cumpla con ciertos criterios de estilo”(Foucault, 1984, p. 13).

Foucault sostiene que el conjunto de las “artes de la existencia”, en tanto “técnicas de sí” fueron absorbidas en los comienzos de la Cristiandad por el ejercicio del poder sacerdotal y luego por los educadores y médicos, entre otros. De hecho, la evolución del pensamiento de Foucault muestra la sexualización progresiva de esas prácticas discursivas; el cruce de la etapa arqueológica del autor francés con las decodificaciones genealógicas de las “prácticas de sí”- realizadas en su Historia de la Sexualidad-, también marca una conciencia cada vez mayor del lugar de enunciación que había adoptado, el de un filósofo hombre. Es más, se podría afirmar que en los primeros textos es evidente su tendencia androcéntrica; Foucault utiliza el término

hombre como una forma universal, con lo cual manifiesta su ceguera ante la diferencia sexual. Sin embargo, en sus últimas obras el autor es consciente del hecho de que el control de la sexualidad que está analizando se basa en una profunda asimetría entre los sexos (Braidotti, 2000). Al hablar de las “prácticas de sí”, Foucault declara: “(...) *las mujeres se ven obligadas en general a constricciones extremadamente estrictas: (...) y sin embargo no es a las mujeres a quienes se dirige esta moral; no son ni sus deberes ni sus obligaciones lo que ahí se recuerda, justifica o desarrolla. Se trata de una moral de hombres: una moral pensada, escrita y enseñada por hombres y dirigida a los hombres, evidentemente libres*” (1984, p. 24).

Lo que Foucault quiso señalar con lo anterior no es tanto una exclusión, sino más bien una descalificación de las mujeres en cuanto agentes éticos y, consecuentemente, en cuanto sujetos. Foucault insiste en la conexión entre las condiciones para alcanzar una jerarquía moral y el derecho a ser un ciudadano en el sentido social, político, moral y jurídico del término. Las reglas y preceptos de una vida moral –que también transforman al sujeto en una sustancia ética- están implícitamente conectados con los derechos socio-políticos, y las mujeres se mantuvieron al margen de ambos.

Así mismo, con el argumento de que el *gobierno de sí mismo, el manejo del propio patrimonio y la participación en la administración de la ciudad* eran tres prácticas del mismo tipo, Foucault destaca el valor clave de la “virilidad ética” como el ideal sobre el cual se basa el sistema en su conjunto. Lo cual implica una coincidencia periférica entre el sexo anatómico de alguien -masculino- y la construcción imaginaria de la sexualidad masculina; por otra parte, Foucault resalta la concordancia de ambos con las representaciones sociales dominantes de lo que debería ser la norma ética universal: la virilidad simbólica. De ahí que el cuerpo masculino forme un todo con el cuerpo político. Ahora, si leemos la propuesta analítica de Foucault a partir de esta perspectiva, podemos entenderla como la anatomía crítica de las estructuras falocéntricas del discurso; la práctica de la “virilidad ética”, en la realidad, sustenta también las bases del juego filosófico como tal, esto es, el ofrecer los parámetros básicos de la economía política de la verdad, como entidad sometida a la autoridad del *logos* (Braidotti, 2000).

Más allá de esto, la economía falocéntrica así analizada revela también el vínculo homosexual masculino que constituye la base del contrato social, así como de las prácticas discursivas que la sociedad adopta para sí; en un mundo para hombres, hecho por hombres. Cómo pudo haber sido el “uso del placer” femenino y qué efectos de verdad y producción de conocimiento hubo sobre el sujeto femenino, continúa siendo materia de especulación. La brecha discursiva se traduce en ausencia histórica; de ahí que toda historia de la filosofía como llegamos a heredarla, fue conjugada en el modo masculino y viril.

De acuerdo con esta lectura de Foucault, se puede argumentar que estamos delante de un filósofo hombre que reproduce las reglas en alto grado sexuadas que gobiernan el discurso filosófico. El cual se apoya en premisas específicamente sexuales, que postulan la primacía de la sexualidad masculina como lugar del poder social político, en donde el discurso falocéntrico es una economía política libidinal específica: una economía que designa a los sexos papeles y funciones específicas en detrimento de lo femenino.

De esta forma se evidencia como un cierto descuido del dispositivo de construcción de la diferencia sexual y de la especificidad de la sujeción de los sujetos mujeres parece atravesar la obra de Foucault (Amigot; Pujal, 2006, p. 108). Claro está, la complejidad de la obra del autor francés y la densidad y divergencias de las líneas de análisis feministas dificultan una demarcación clara en la caracterización de un sujeto-mujer. De hecho las nociones foucaultianas utilizadas por algunas autoras son objeto de crítica por parte de otras, quienes a su vez las consideran valiosas. Tal es el caso de Susan Bordo, quien rechaza el sujeto del “último Foucault”, por considerar que en relación con el cuerpo de las mujeres éste se muestra carente de agencia y resistencia, atrapado por un conjunto de estrategias disciplinarias altamente eficaces (Bordo, 1993, p. 194). Mientras que, Lois McNay considera que es el “último” Foucault el que libera el “cuerpo dócil” de sus primeros trabajos y contempla las posibilidades de agencia de éste en cuanto sujeto (McNay, 1992, 2000).

3.2. Desencuentros: de la negación de una analítica femenina la asunción de un discurso misógino de la razón occidental

En relación a las abundantes matizaciones y críticas a ciertos aspectos de la obra de Foucault, la consideración más extendida es aquella que califica a sus planteamientos de ser androcéntricos, los cuales van desde: “(...) *la consideración de que aquellos cuerpos dóciles de **Vigilar y castigar** eran cuerpos masculinos, hasta la constatación de que todo su último trabajo se sustenta en el estudio de una problematización de los placeres o de la existencia: la que se daba en la antigüedad grecorromana, en la que dominaba una moral viril que excluía a las mujeres y a los hombres no libres del ejercicio de la reflexión, de la autocreación y del cuidado de sí*” (Amigot; Pujal, 2006, p. 108). A sus análisis en términos de construcción teórica se les ha acusado de: estar cimentados sobre un “*Flagrante androcentrismo*”, como dice Rosa María Rodríguez Magda (1999, p. 250); de nunca haber analizado de forma concreta y autónoma la subordinación de las mujeres o las fuentes de su subjetivación, según Susan Hekman (2004, p. 200); de reproducir el sexismo endémico y común a toda la teoría política occidental a partir de su análisis global, como lo propone Sandra Lee Bartky (1988). Incluso Lois McNay (1992) añade que “(...) *la visión agenérica del cuerpo y la asunción de la sexualidad masculina como modelo de análisis le hace caer en la trampa universalista que teóricamente rechazaba su proyecto filosófico*” (p. 35).

Igualmente, aunque el autor francés siempre aludió a las relaciones entre hombres y mujeres como relaciones de poder, no llegó a explorarlas específicamente ni atendió este espacio de análisis como un problema relevante para su analítica (Amigot; Pujal, 2006, p. 108). A tal ceguera ante las diferentes tecnologías de género, Diane Fuss (1989) la llama irónicamente su “*voluntad de no saber acerca de las mujeres*” (p. 107). Lo cual en palabras de Butler, es sólo la muestra de “(...) *una cierta indiferencia problemática respecto de la diferencia sexual*” (Butler, 1990, p. 30). Ahora, en relación a las críticas que han ido emergiendo, y sin necesidad de ahondar más profundamente en las mismas, se hace pertinente abordar algunas de las reflexiones que tal despreocupación ha podido suscitar, destacándolas, por el contrario, como punto de partida para nuevas matizaciones y reelaboraciones.

La negación de una erótica femenina. Más allá de la crítica que se le hace a Foucault por su omisión de la cuestión del género en sus análisis sobre la construcción histórica de la sexualidad y de la subjetividad, llama la atención el uso de las formas y prácticas eróticas masculinas como modelo generalizado y referente en el estudio de

la sexualidad antigua (Greene, 1996). Puesto que una vez que la erótica constitutiva de la subjetividad humana es tomada por Foucault a partir del modelo masculino, el presupuesto ahí encontrado es que dicho modelo erótico, que valoriza el modelo fálico y representa las relaciones eróticas como necesariamente jerárquicas, también es transferible a la erótica femenina. De esta forma Foucault construye una visión de la sexualidad basado en la erótica masculina de la Grecia Antigua, una erótica definida por el autor como una relación jerárquica entre un sujeto activo y una pareja pasiva: un erastés y un erómeno⁵. En la que a pesar del papel del joven adolescente o pareja pasiva, de ser un objeto de placer en la relación, tal posición degradante en un principio podría ser entendida como “honrada”, si tal relación implicaba “un entrenamiento para la masculinidad, relaciones sociales futuras o una amistad duradera”. Así, tal desplazamiento de la erótica masculina para la erótica de la humanidad en general, evidencia la negación de Foucault para con la singularidad de la subjetividad femenina y de la erótica de las mujeres (Nardi; Narvaz, 2007, pp. 54 y 55).

El hecho de que las mujeres figuren como “simples objetos” en los escritos de Foucault evidencia un sesgo falocentrista o androcéntrico en la visión del autor, la misma que se puede observar en la elección de los pensadores y de las fuentes antiguas en las cuales se referencia para desarrollar su genealogía (Richlin, 1991). Ahora, Foucault no ha prescrito el modelo griego como transponible o deseable para nuestro tiempo, pues él afirma que “(...) el orden jerárquico griego basado en la sumisión de las mujeres y esclavos es degradante” (Foucault, 1994, p. 612). Sin embargo el que haya elegido el análisis del “cuidado de sí” griego como forma de colocar en evidencia las precariedades de los modos de subjetivación contemporáneos no deja de tener consecuencias para su obra en términos de la crítica que se le pueda hacer (Gros, 2002). Al olvidar la erótica femenina, Foucault deja de problematizar los saberes minoritarios, lo cual es contrario a la *genealogía* como el la entendió y puso en práctica en tanto método de investigación elegido. Con tal elección ignora otras posibilidades eróticas, como la erótica femenina contenida en los poemas de *Sappho*,

⁵ En la Grecia antigua, un erómeno es un adolescente comprometido en una pareja pederástica con un hombre adulto, llamado erastés. Un joven muchacho era susceptible de convertirse en erómeno desde el momento en que salía de la estancia de las mujeres, el gineceo, para frecuentar la palestra, donde recibía una educación intelectual y física.

los cuales se basan en relaciones de reciprocidad antes que en relaciones de dominación, persecución y conquista entre un erastés y un erómeno (Greene, 1996).

Relaciones de poder y negación del género. Una de las contribuciones más notables de Foucault para la crítica social contemporánea, en especial en lo que concierne a las preocupaciones feministas, es la cuestión del saber/poder. Para Foucault (1995) el poder y el saber están entrelazados. El poder no es solamente coercitivo u opresor, es también productivo y heterogéneo. Es un poder que actúa por medio de *"(...) prácticas y técnicas que fueron inventadas, perfeccionadas y desarrolladas sin cesar. Existe una verdadera tecnología del poder, o mejor, de poderes, que tiene cada uno su propia historia"* (Foucault, 1999, p. 241). En cada sociedad hay un régimen de verdad con sus mecanismos particulares de producción. Al respecto Foucault (1995, 1999) nos dirá que la verdad nunca está fuera del sistema de poder y que no hay una verdad sin poder. Asimismo, que cada forma o expresión de poder trae consigo la posibilidad de resistirlo, lo cual es fundamental en la contraposición de todas las formas de opresión y de violencia. Sin embargo, enfatiza Foucault (1995) que el análisis/comprensión de las relaciones de poder remite a la dicotomía dominación/resistencia bajo la condición de la existencia de sujetos libres, idea particularmente problemática en lo atinente a la condición femenina. De hecho, tanto las feministas como Foucault (1995) comprenden que hay relaciones en que el poder está congelado, saturado, sin movilidad o fluidez, lo cual es característico de los estados de dominación. Dominación que se da de forma asimétrica, desigual, lineal y vertical (Nardi; Narvaz, 2007, p. 56).

A pesar del complejo análisis hecho por Foucault en relación al poder y el saber, en éste fueron claramente descuidadas las cuestiones de género en tanto determinantes en los procesos de producción de las subjetividades, las cuales son siempre determinadas en gran medida por el género (Scott, 1995), constituyéndose ésta la crítica feminista más relevante que se le ha hecho a su obra. La falla/falta de Foucault en identificar su "análisis del poder" como específicamente masculino e intrínsecamente ligado a la extensa ideología patriarcal de la cultura griega es, desde una perspectiva feminista, una de las regiones más problemáticas de su teoría. Frente a esta suerte de ceguera de género de Foucault y su insistencia en que la sexualidad y el poder son coextensivos, Teresa de Lauretis apunta algunos peligros en el sentido de

que: *“Negar el género, en primer lugar, es negar las relaciones sociales de género que constituyen y validan la opresión sexual de las mujeres; en segundo lugar, negar el género es mantener una ideología que sirve a los intereses del sujeto masculino”* (De Lauretis, 1987, p. 15). Ahora, frente a tales afirmaciones también es importante considerar que la noción circular de poder y la idea de Foucault de que *“(…) no hay relación de poder sin resistencia, sin escapatoria o fuga, sin inversión eventual; que toda relación de poder implica, por lo menos de modo virtual, una estrategia de lucha”* (Foucault, 1995, p. 248), parece servir a los intereses de algunos más que de otros.

Las relaciones de poder, las producciones de verdad y del sujeto, están absolutamente entrelazadas con las cuestiones de género. Así, históricamente las relaciones de poder se asocian a la dominación masculina, de ahí la relevancia de la crítica feminista al descuido de Foucault y su análisis genealógico para con las cuestiones de género (Nardi; Narvaz, 2007, pp. 58). De hecho, para Butler (1986, 2000), las discusiones sobre la subjetividad deben darse junto a las problematización de la identidad de género y de los regímenes de verdad que la producen. Puesto que una vez que las personas constituyen su subjetividad es que sus cuerpos adquieren su género conforme a los patrones reconocidos de inteligibilidad de género. La misma Butler (2003) problematizara la cuestión de las identidades del género, el cuerpo y del deseo, en la medida en que *“(…) Foucault revela una indiferencia problemática en relación a la diferencia sexual”* (p.11). Para Foucault, la categoría sexo es producto de una economía reguladora de la sexualidad que suprime la multiplicidad subversiva de una sexualidad que rompe las hegemonías heterosexual, reproductiva y médico-jurídica. Sin embargo, no se puede pasar por alto que las relaciones de dominación de que habla Foucault son sustentadas por las convenciones culturales heterosexuales y fállicas (Butler, 2003). Es por eso que el modelo de poder de Foucault, más allá de evidenciar una visión apenas “neutra” o no mencionada de género, se muestra como una extensión de una visión centrada en la masculinidad tradicional de la cultura occidental –androcentrismo o falocentrismo- en que *“(…) los presupuestos neutros como el género implícitos en la voluntad del poder (sobre los otros) que constituyen los verdaderos discursos y las tecnologías a ellos asociadas, trasforman orientaciones desproporcionalmente masculinas en una orientación de la humanidad en general”* (Balbus, 1987, p. 120).

La inquietud (por el gobierno) de sí, o los fundamentos de una razón misógina. El gobierno *de sí*, el conocimiento *de sí* o el control de las pasiones con miras a la gubernamentalidad, inicialmente *de sí*, y después de los *otros*, al cual Foucault (1999) presta importante atención, guarda una relación muy marcada con el discurso de la razón occidental que actúa dentro de una lógica típicamente masculina; que sustenta la primacía de razón sobre lo sensible, sobre lo corpóreo y sobre la experiencia (Nardi; Narvaz, 2007, p. 61). Las técnicas de sí, “(...) esas prácticas inscritas en la actualidad histórica que aluden a las formas y modalidades de relación consigo mismo mediante las que el individuo se constituye y se reconoce como sujeto” (Foucault, 1984, p. 12), serán el objeto de reflexión de las últimas obras del autor francés. Estas son operaciones que los individuos pueden efectuar sobre sí mismos –y son incitados a efectuar en función de los contextos sociales a los que pertenezcan– para transformarse, modificarse o lograr algún tipo de estado de perfección (Foucault, 1982).

Es en tal sentido que se puede ligar a Foucault con una tradición filosófica idealista –Platón y Kant- preocupada por dominar los afectos y las pasiones, puesto que la pasión sería lo contrario de la virtud. Concepción que riñe con el pensamiento feminista, ya que tal desvalorización de la dimensión sensible de la existencia fue construida a la par de una identificación de la mujer con la naturaleza, con un cuerpo irracional, desprovisto de los atributos necesarios para su reconocimiento como sujetos morales, un simple “bello sexo” (Carvalho, 2002). Asimismo, Foucault toma de Nietzsche la idea de que las palabras fueron siempre inventadas por las clases superiores, quienes a su vez les imponen la interpretación (Foucault, 1982). Así, la molaridad y la verdad estarían, para Nietzsche, vinculadas a los intereses de quien las enuncia: “No existe una ciencia sin presupuestos, ambos, tanto la ciencia en como el ideal ascético, se hayan en el mismo terreno, la misma sobrevaloración de la verdad, la misma inestimabilidad y en la misma incriticabilidad de la verdad” (Nietzsche, 1998, p.141). Igualmente, Nietzsche describirá como la aristocracia griega, partiendo de lo que era distinto a ellos, introduce la idea del malo como el *otro*, un extraño, un extranjero que es al mismo tiempo un bien de determinado grupo.

En este punto cabe entonces preguntarse ¿Quién invento que la racionalidad era superior a la emocionalidad? ¿Al servicio de cuáles intereses determinadas formas de

racionalidad, distintas de las femeninas, fueron a lo largo de la historia consideradas inferiores a la racionalidad masculina? Para las feministas, Foucault falló al no considerar las relaciones entre autoridad masculina, lenguaje, discurso y razón. El lenguaje dicen las feministas, nunca es libre de género (Scott, 1995). Y aunque Foucault nos muestre como algunos de los discursos científicos ignoran los discursos de los marginales y argumente que tales discursos son lugares de resistencia, al enfocar su trabajo casi exclusivamente sobre sujetos masculinos, coloca al margen de su genealogía los discursos de las mujeres y sus prácticas de resistencia (Diamond; Quinby, 1988). Así, la especificidad de la experiencia femenina es ignorada, descartada o concebida como inferior por el discurso de la razón occidental (Nardi; Narvaz, 2007, p. 63).

3.3. Encuentros: de antiesencialismos y sujetos no universales

Se han apuntado diferentes tendencias en la lectura feminista de Foucault, muchas de ellas, aportan inteligibilidad operativa pero también pueden ser problemáticas. Pero quizás el aporte más destacado del autor francés es la forma en que nos muestra a través de sus indagaciones, los efectos normalizadores de los modos de dominación en la producción de la subjetividad humana. Considerado uno de los filósofos de mayor influencia en el pensamiento moderno sobre la sexualidad, diversos estudios han sido producidos a partir de las herramientas foucaultianas. La analítica del sujeto que Foucault lleva a cabo más explícitamente en sus últimas obras es quizá el corpus teórico que más atención reciente ha recibido por parte de teóricas feministas. *“Confluyendo con la problematización, tanto de la noción moderna de sujeto como del rechazo de cualquier forma de éste, la teoría feminista ha abordado una comprometida y exhaustiva consideración del espacio de lo subjetivo”* (Amigot; Pujal, 2006, p. 115). Y es precisamente en esta reciente y candente literatura, donde se sitúa el lugar de enunciación en el cual muchas autoras feministas se referencian en los noventa y en los primeros años de este siglo, a la hora de retomar las lecturas foucaultianas (Allen, 2004, p. 235).

Según Roso y Parker (2002), Foucault (1995) cuestiona la constitución de la categoría sexualidad en sus códigos morales a lo largo de la historia, de ahí la

importancia de su trabajo para la teoría feminista. Cuestionar la sexualidad “en sí misma” significa comprenderla a partir de las relaciones de poder que la conforman en cada periodo de la historia, en cada contexto socioeconómico y cultural. Así, a pesar de la crítica de las feministas a la omisión de los aspectos de género en los análisis de Foucault, Diamond y Quinby (1998) destacan algunas convergencias entre el pensamiento feminista y la obra de Foucault: 1) ambos identifican el cuerpo como lugar de poder, como el *locus* de dominación a través del cual la docilidad es ejecutada y la subjetividad constituida; 2) ambos aportan para las relaciones locales del poder la idea de concebirlo apenas como poder vertical del Estado o del capital; 3) ambos destacan el papel crucial del discurso y su capacidad de producir y sustentar las formas de dominación, como también los desafíos y las posibilidades de resistencia de los discursos marginalizados; 4) ambos critican el humanismo occidental que ha privilegiado la experiencia de la elite masculina y sus universales de verdad, libertad y naturaleza humana. Estas convergencias incluyen algunas de las formas más poderosas de resistencia de las cuales las feministas se han valido en sus producciones teóricas y políticas en las últimas décadas del siglo XX (Diamond; Quinby, 1998), como fueron las prácticas de empoderamiento de grupos de mujeres, el impulso de políticas feministas de acciones afirmativas, entre otras, destinadas a reducir las desigualdades históricas sufridas por las mujeres (Nardi; Narvaz, 2007, pp. 47 y 48).

De formas alternativas de vida a las prácticas de libertad. Las teorías esencialistas que fundamentaran las políticas de identidad del feminismo original en la creación de la categoría “mujeres” han sido abiertamente contestadas por las feministas contemporáneas o feminismos de “*tercera ola*”, destacándose aquí los trabajos de Harding (1993), Butler (1986, 2000, 2003) y Scott (1995), aspecto en el cual convergen con el pensamiento de Foucault, para el cual, “*no existe ningún sujeto universal*”. De hecho, en la sus últimos trabajos intentara desnaturalizar la idea de la existencia de una soberanía de un sujeto ilusorio, producto, eso sí, de las practicas disciplinares y de los discursos científicos de la modernidad.

Este sujeto que estudiara Foucault (1976, 1984), no solamente está marcado por un imperativo de encontrar su significado y su identidad en las raíces supuestamente “profundas” e “interiores” de su individualidad, éste también –de acuerdo con el legado cristiano- debe renunciar a si, mostrándose como el producto de un ser

pecador. Foucault refuta la idea de esta supuesta interioridad autónoma, inmutable y universal, que debe ser develada, introduciendo la noción del individuo de la sociedad griega clásica, para la cual el individuo se constituye “como su propio maestro” de forma activa y deliberada, a través de determinados ejercicios y prácticas. Problematización que se vuelve relevante en la actualidad, en la medida en que nos hace susceptibles a las operaciones normalizantes del poder inscritas en la teoría del sujeto que prescribe una moralidad unitaria. Foucault (1986) propone la *“búsqueda de una estética de la existencia”* como alternativa posible de resistencia a la demanda hegemónica de la moralidad cristiana y la idea de un sujeto universal.

El feminismo también estuvo envuelto en la búsqueda de formas alternativas de existencia. Alternativas, muchas de ellas, sustentadas en una teoría dominante del sujeto. Lo cual trajo como consecuencia de forma indirecta un apoyo a la normalización del poder, en lugar de una exploración de formas de resistencia interiores a él (Nardi; Narvaz, 2007, p. 53). Así, los trabajos feministas que apoyan las ideas de una feminidad “innata” o una sexualidad “natural” están profundamente relacionados con la teoría esencialista del sujeto universal de la modernidad. De hecho, la segunda mitad del siglo XIX fue en particular, un periodo en el cual la idea de un *“verdadero self”* y de una identidad singular “innata” basada en la feminidad o en la masculinidad, predominó en la sociedad occidental (Diamond; Quinby, 1998). Los trabajos feministas de los siglos XIX y XX adoptaron frecuentemente dicho esencialismo, proponiendo la feminidad como moralmente superior a la masculinidad, o argumentando que las personas serían “verdaderamente andróginas”, aunque la cultura las hiciese reprimir su “otra parte”. Lo cual fue criticado fuertemente por las feministas marxistas y materialistas, así como en la actualidad han sido combatidas las políticas identitarias (Scott, 1995). De hecho, Judith Butler criticara las políticas identitarias de las “mujeres del feminismo”, entendiendo que *“(…) la unidad de la categoría “mujeres” no es deseada, puesto que una vez fija, restringe los propios sujetos que pretende liberar y representar”* (Butler, 2003, p.213).

Definido el género, como lo propone Scott (1995), como una categoría relacional, las feministas problematizan el sistema sexo-género a partir de la deconstrucción del sexo como categoría natural binaria y jerárquica. Tal deconstrucción coloca en debate las políticas de identidad y la categoría “mujeres”, estructuras fundamentales del

feminismo (Butler, 2003), revelando la inestabilidad de las categorías analíticas en la teoría feminista (Harding, 1993). Entretanto, tal inestabilidad significara la apertura de posibilidades excluidas por teorías esencialistas o totalizantes que producen categorías fijas y estables relacionadas con el género, el cual pasa a ser entendido como un acto performativo, como efecto, producido o generado (Butler, 1986, 2003). Igualmente el análisis foucaultiano del sujeto, y la crítica feminista se propondrán deconstruir las suposiciones ilusorias acerca de un sujeto autónomo y universal. Entretanto, para el feminismo el problema va más allá, toda vez que la definición de este sujeto particular se da a partir de una perspectiva androcéntrica y eurocéntrica (Butler, 2003). Comprensión frente a la cual el feminismo problematiza no sólo la teoría del sujeto, como lo hace Foucault, sino que también la noción universalizante del sujeto a partir del sujeto masculino, que desconoce la multiplicidad de la experiencia femenina, tanto en su forma particular de erotismo, racionalidad o de agencia en tanto prácticas de resistencia.

Por último, cabría decir que no hay un feminismo unívoco y totalizante, pero sí feminismos plurales, problemáticos, que se cuestionan a sí mismos y a las doctrinas del feminismo original. Se puede decir que hay varias “olas del feminismo”, cada una históricamente construida conforme a las necesidades políticas, contextos sociales y materiales que demandan las posibilidades discursivas de cada tiempo (Scott, 1995). Coexisten así corrientes que atribuyen al patriarcado el origen de la opresión de género con teorías feministas que cuestionan la teoría universalizante del patriarcado. Hay tanto en Foucault como en el feminismo, una preocupación por la libertad, evidente tanto en las problematizaciones que realizan a las teorías totalizantes del sujeto universal, las que hacen a aquellas identidades aprisionadas en el género, como a las que niegan las prácticas de libertad de los sujetos marginados de la historia.

REFLEXIÓN FINAL:

De la defensa de la libertad a los feminismos ¿sin “mujeres”?

Es innegable el compromiso apasionado con la defensa de la libertad presente en el proyecto intelectual y político de Foucault, reivindicando la libertad como un derecho consustancial a la idea de humanidad. Preocupación por la libertad que se hace evidente en sus trabajos, destinados a evidenciar la estructura indisociable de las relaciones de saber y poder, relaciones que atraviesan los cuerpos y las conciencias a fin de disciplinarlos y controlarlos. Ahora, toda vez que la cuestión de la libertad remite a quienes somos y lo que hacemos, percibimos y sentimos en relación a sí mismos y a los otros, nos dice Foucault (1984), la acción individual y el compromiso no pueden estar desvinculados de los intereses colectivos, de ahí que el autor francés buscara *“(...) hacer una historia destinada a auxiliar a hombres y mujeres a tomar conciencia de las ataduras visibles e invisibles de una modernidad que hipoteca nuestra libertad”* (Alvárez-Uría,1985, p.20).

Siendo algo escéptico en relación a las soluciones políticas ofrecidas a la sociedad en su época, Foucault (1999) comprendía que el trabajo de un intelectual debía estar encaminado a problematizar la realidad y cuestionar las formas propias de pensar y actuar en cada época, participando en la formación de un nuevo *ethos* político: *“(...) el problema político, ético, social y filosófico de nuestros días no consiste en intentar liberar al individuo del Estado ni de las instituciones del Estado, como si el liberarnos tanto del Estado como del tipo de individualización que le es consustancial”* (Foucault, 1995, p.239). Aunque hubiese actuado políticamente en algunos foros, como el *Grouped’Information sus les Prisons* (GIP), y contribuido en la definición de las luchas de su tiempo, Foucault (1999) era reticente en relación a los movimientos de liberación, dado que tales luchas estarían atravesadas por los discursos de cientificidad de los especialistas, de las teologías predefinidas y de los argumentos dogmáticos. Claro está, Foucault (1995) reconocía la dominación de que eran objeto algunas “minorías”, entre ellas las mujeres, y entendía la necesidad de que en algún momento, tales minorías luchasen por su liberación. No obstante ser contrario a las políticas identitarias. Cuestión de gran relevancia, cuando se considera que el propio Foucault,

al discutir el tema de la política de las identidades, afirma: *“Pero las relaciones que debemos establecer con nosotros mismos no son relaciones de identidad, ellas deben ser antes relaciones de diferenciación, de creación, de innovación”* (1994, p.739; 2004, p.269). E insiste sobre la importancia de las creaciones culturales: *“Debemos no solamente defendernos, mas también afirmarnos, y afirmarnos no solamente como identidades, sino también como fuerza creativa”* (1994, p.737).

Al respecto Butler (2002) diría que, aunque Foucault se mostrase crítico y reticente en cuanto a las políticas identitarias y libertarias, hay una tensión no resuelta cuando al leerse a Foucault (1990), contra el mismo, pareciera que le gustara el “derrocamiento del sexo”. Tal búsqueda, típica de las políticas emancipatorias de las cuales el feminismo es partidario, no parece muy distante de propuestas como: el polimorfismo sicoanalítico, el eros bisexual de Marcuse, o de las propuestas libertarias que el mismo Foucault crítica. Es de tal forma que Butler (2003) identifica así, un Foucault “oficial”, antijurídico y emancipatorio, que sostiene que la sexualidad se encuentra situada en el interior de las relaciones de poder, y que son producidas a partir de prácticas históricas específicas. En esta visión, una sexualidad antes de la ley sería ilusoria y cómplice de las prácticas emancipatorias.

Al mismo tiempo que Foucault habla de un “limbo feliz de no identidad” que parece ir en contra de las políticas emancipatorias que dice contestar (Butler, 2002), frente a dicha cuestión se articulan una serie de preocupaciones relacionadas con la libertad y las relaciones éticas, en donde se inscriben tanto el autor francés, como corrientes de pensamiento feministas, evidenciándose así una aproximación como un distanciamiento entre ambas formas de leer el poder y la dominación. Puesto que a pesar de los objetivos aparentemente diferentes del feminismo y de Foucault, ambos buscarían deconstruir los modos existentes y más invisibilizados en que se manifiesta la dominación. Así, para Foucault el papel del intelectual consistiría en deconstruir las formas de dominación que interpretan, prohíben o invalidan discursos y saberes, rescatando así su potencia (Foucault, 2000), a la vez que el movimiento feminista propone una acción asumidamente política con miras a la liberación de las minorías históricamente oprimidas.

Así, para dar visibilidad a sus luchas y reivindicaciones, el movimiento feminista que nació como movimiento liberal entrelazado a los movimientos sufragista de Inglaterra,

Francia y Estados Unidos, en una primera fase, tuvo que recurrir a políticas identitarias como medio para fortalecer una categoría política, que redundó en la creación de la categoría “mujeres” (Strey, 1998). Mientras que el movimiento feminista contemporáneo, por su parte, reflejo de las transformaciones de un pensamiento original, predominantemente intelectual, blanco y de clase media en algunas de sus bases, se expresa como un discurso múltiple y de varias tendencias. No habiendo por tanto, en la llamada “tercera ola del feminismo”, un movimiento unívoco y totalizante, sino un (os) feminismo (s) plural (es), problemático, que se cuestiona a sí mismo y a las doctrinas de los feminismos de las primeras etapas. De ahí que se pueda predicar la existencia de varias “olas” del feminismo, cada una históricamente construida conforme a las necesidades políticas, al contexto material, social y a las posibilidades discursivas de cada época (Scott, 1995). En suma existe tanto en Foucault, como en los feminismos una preocupación frente a la libertad, en relación tanto en la problematización de las teorías totalizantes como en la problematización de las identidades aprisionadas en el género. Convergencia ésta que remite a la cuestión de la teoría del sujeto de Foucault y su presencia en la dinámica de deconstrucción del sujeto “mujer” por los feminismos de “tercera ola”, quienes en aras de hacer prevalecer una política de la diferencia hacen cada vez más difusa la existencia de un sujeto específico del feminismo.

En este punto de la reflexión cabría preguntarse: ¿Con la deconstrucción del sujeto “mujer”, está el feminismo condenado al fracaso de su acción política? ¿Para pensarse la práctica política, es necesario que se conciba de antemano la existencia de un sujeto? ¿Se coloca en examen en este debate la categorización del feminismo como política de la identidad?

Pensadoras como Judith Butler y Chantal Mouffe defienden explícitamente que el deconstruir el sujeto no es declarar su muerte. Para las autoras la deconstrucción de la categoría “mujer” no propone el abandono de la misma, sino, su resignificación. Para Judith Butler (1998), la idea de identidad de género tiene siempre un carácter normalizador, puesto que implica la construcción de algún tipo de unidad, y la búsqueda de la unidad en sí misma es normatizadora y excluyente al cosificar las nociones de sexo y género. De ahí que, para la autora, la crítica de la política identitaria y del fundamentalismo como política de exclusión es una cuestión central

para el feminismo. Esto sin embargo, para Butler, no representa riesgos para la política feminista. Al contrario, es su propia posibilidad. En esta perspectiva, la política de la identidad representa límites para la movilización de la política feminista, en la medida en que la tentativa de unificación acaba por producir resistencias y formación de facciones en el interior del feminismo. Así, Butler rechaza la identidad como punto de partida para la política feminista y defiende que deconstruir el sujeto del feminismo no es declarar su muerte, pero si liberarlo de su carácter normativo y fijo, que mantiene y reproduce la subordinación. En palabras de Butler:

Podemos ser tentados a pensar que suponer el sujeto de antemano es necesario a fin de proteger la capacidad de actuar del sujeto. Pero afirmar que el sujeto es constituido no es decir que él es determinado; al contrario, el carácter constituido del sujeto es la propia precondition de su capacidad de actuar. (...) Sera que necesitamos presuponer teóricamente desde el inicio un sujeto con capacidad de actuar antes que podamos articular los términos de una tarea significativa de transformación, social y política, de resistencia, de democratización radical? Si no ofrecemos de antemano la garantía teórica de aquel agente, estamos condenados a desistir de la transformación y de prácticas políticas significativas? Mi propuesta es que la capacidad de actuar pertenece a una forma de pensar las personas como actores instrumentales que confrontan un campo político externo. (...) En cierto sentido, el modelo epistemológico que nos ofrece un sujeto o agente dado de antemano se niega a reconocer que la capacidad de actuar es siempre y solamente una prerrogativa política. En cuanto tal, parece esencial cuestionar las condiciones de su posibilidad, no tomarla como una garantía a priori (Butler, 1998, p. 31).

De ahí que sea un equívoco suponer que la deconstrucción de la categoría “mujeres” signifique la inexistencia de las mujeres. Al respecto, encontraremos innumerables opiniones y manifestaciones de autoras feministas que tratan de reconstruir de forma heterogénea, estable y contingente la categoría “mujer” y el sujeto del feminismo en relación a una comprensión de éste como algo que es construido siempre discursivamente, en contextos políticos específicos, a partir de articulaciones, alianza y coaliciones. Por tanto siempre es contingente.

Siguiendo la misma línea de lectura, podemos mencionar a Teresa de Lauretis, para quien el sujeto del feminismo se encuentra siempre en construcción, una construcción que se da en el propio discurso y en los textos feministas. Agregando la autora:

Con la expresión “sujeto del feminismo” quiero expresar una concepción o comprensión del sujeto (femenino) no solo como diferente de mujer con letra mayúscula, o la representación de una esencia inherente a todas las mujeres (...) sino también como (un sujeto que puede ser) diferente de las mujeres, seres reales, históricos y los sujetos sociales que son definidos por la tecnología del género efectivamente “engendrados” en las relaciones sociales. (Dice Lauretis) El sujeto del feminismo que tengo en mente no es así definido: es un sujeto cuya definición o concepción se encuentra en curso, en este y en otros textos críticos feministas (Lauretis, 1994, p. 217).

Desarrollando un abordaje similar al anterior, Judith Butler al referirse a la construcción discursiva de la identidad, y siguiendo las elaboraciones de Foucault, sostiene que ese sujeto que el feminismo ha pretendido representar es en realidad constituido discursivamente por el propio feminismo, por tanto, ese sujeto no existe pre-discursivamente. Así, aquello que es supuestamente representado es realmente “producido”. Esa noción retira la base estable de las comprensiones sobre el género, las libera. Más no elimina categorías como “hombres” o “mujeres”, no deja al feminismo sin “mujeres”, simplemente las redefine abriendo nuevos espacios de enunciación, visibilización, lucha y resistencia, para ellas y “otros”.

Así, se puede decir que el feminismo crea “modos específicos de existencia”, más integrados y humanizados, ya que deshace oposiciones binarias como las que jerarquizan la razón la emoción, público y privado, masculino y femenino, heterosexualidad y homosexualidad; si se puede afirmar que inventa éticamente, especialmente al defender otro lugar social para las mujeres y su cultura; si se acepta, así, que opera en el sentido de renovar y reactualizar lo imaginario político y cultural de nuestra época, especialmente en relación al feminismo del siglo 19 o de inicio del siglo 20, se trata de saber cuáles son los nuevos modos de constitución de sí que introduce para las mujeres y, seguramente, no solamente para ellas (Rago, 2006. p. 3).

BIBLIOGRAFÍA

ALVÁREZ-URIA, F. (1996). La cuestión del sujeto. In M. Foucault. *Hermeneutica del sujeto* (Coleção Genealogía del Poder, pp. 7-31). Madrid, España, La Piqueta.

ALLEN, Amy, (2004), Foucault, feminism and the self: The politics of personal transformation. In Dianna Taylor & Karen Vintges (Eds.). *Feminism and the final Foucault* (pp. 235-257), Chicago, University of Illinois Press.

AMIGOT LEACHE, Patricia; PUJAL I LLOMBART, Margot, (2006), *Ariadna danza: lecturas feministas de Michel Foucault*, Athenea Digital - núm. 9, pp. 100-130.

AMORÓS, Celia, (1994), *Feminismo, ilustración y post-modernidad: Notas para un debate*, En: Celia Amorós (Ed.). *Historia de la teoría feminista* (pp. 339-352). Madrid, Comunidad de Madrid. Instituto de Investigaciones Feministas.

BALBUS, I. (1987). *Mujeres disciplinantes: Michel Foucault y el poder del discurso feminista*. En: Benhabib & D. Cornell (Orgs.),

BARTKY, Sandra Lee, (1988), *Foucault, feminity and the modernization of patriarchal power*. In Irene Diamond & Lee Quinby (Eds.). *Feminism and Foucault: Reflections on resistance*. (61-85) Boston: Northeastern University Press. Traducción: Foucault, feminismo y la modernización del poder patriarcal. En Elena Larrauri (comp.): *Mujeres, derecho penal y criminología* (63-93). Madrid, Siglo XXI, 1994.

BISWAS, Andrea, (2004), *La tercera ola feminista: cuando la diversidad, las particularidades y las diferencias son lo que cuenta*. En: revista casa del tiempo.

BORDO, Susan, (1993), *Feminism, Foucault and the politics of the body*. In Caroline Ramazanoglu (Ed.). *Up against Foucault. Explorations of some tensions between Foucault and feminism*. Londres-Nueva York: Routledge.

BRAIDOTTI, Rosi, (2005), *“Metamorfosis. Hacia una teoría materialista del devenir”*. Akal, Barcelona.

----- (2000), *“Sujetos Nómades”*, Paidós, Buenos Aires

BUTLER, Judith, (2002) *“El género en disputa”*, Paidós, Buenos Aires,

-----, (1998) *Fundamentos contingentes: o feminismo e a questão do “pós-modernismo”*. Cadernos Pagu, Campinas, n. 11, p. 11-42.

-----, (1986), Variações sobre sexo e gênero: Beauvoir, Witting e Foucault. In S. Benhabib & D. Cornell (Orgs.), *Feminismo como crítica da modernidade* (N. C. Caixeiro, Trad.) (pp.139-154). Rio de Janeiro, Rosa dos Tempos.

CARVALHO, M. P. S, (2002), *As observações kantianas sobre o belo sexo*. In M. Tiburi, M. Menezes & E. Eggert (Orgs.), *As mulheres e a filosofia* (pp.27-67). São Leopoldo, RS: Unisinos. *Feminismo como crítica da modernidade* (N. C. Caixeiro, Trad.) (pp.121-138), Rio de Janeiro, Rosa dos Tempos.

CEBALLOS GARIBAY, Héctor, (1997), *Foucault y el poder*, México, Ediciones Coyoacán, 2da edición.

DE LAURENTIS, Teresa, (1994), *The Practice of Love: Lesbian Sexuality and Perverse Desire*. Bloomington, Indiana University Press.

-----, (1987), *Technologies of gender*, New York, Bloomington.

DIAMOND, I.; QUINBY, L., (1998), *Feminism and Foucault: Reflections on resistance*, Boston, Northeastern University Press.

FOUCAULT, Michel, (2001), *Defender la Sociedad, Curso en el Collège de France (1975-1976)*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2a reimpresión.

-----, (1999), *Estética, ética y hermenéutica (Obras Esenciales Vol. 3)* (A. Gabilondo, Trad.). Buenos Aires, Argentina, Paidós.

-----, (1997), *Nietzsche: la genealogía, la historia*, Valencia, Pre-textos.

-----, (1995), *Historia de la Sexualidad 1. La voluntad de saber*, España, Siglo Veintiuno Editores, 8ª ed. 1995 (1ª ed. francés 1976).

-----, (1994), *À propos de la généalogie de l'éthique: Un aperçu du travail en cours*. In M. Foucault, *Dits et écrits (Vol. 4)*, Paris, Gallimard.

-----, (1990), *Historia da sexualidad 3. La inquietud de sí*, Rio de Janeiro, Graal, 7a ed. (1ª ed. francés 1984).

-----, (1986), *Michel Foucault: Hermenéutica del sujeto (Colección Genealogía del poder)*. (F. Álvarez-Uría, Trad.). Madrid, España, La Piqueta.

-----, (1984), *Historia de la Sexualidad 2. El uso de los placeres*, Rio de Janeiro, Graal.

-----, (1982), *Un dialogo sobre los placeres del sexo*, São Paulo, Landy.

-----, (1977), *No al sexorey*, En: Daniel Defert & François Ewald (Eds.). *Dits et écrits. Vol. III*. (pp. 256-269). Paris: Gallimard, 1994.

_____, (1988), El sujeto y el poder, En: DREYFUS, Hubert; RABINOW, Paul, 1988, Foucault Michel: más allá del estructuralismo y la hermenéutica, México, Universidad Autónoma de México, pp. 227-244.

_____, (1978), Sexo, poder y verdad. Conversaciones con Michel Foucault, Barcelona, Cuadernos Materiales.

FRASER, Nancy; HANNETH, A., (1998), Redistribution or recognition? A political-philosophical exchange, London, Verso.

FUSS, Diane, (1989), Essentially speaking: Feminism, nature and difference, London, Routledge.

GARCÍA, Jesús, (2010), Las luchas por el reconocimiento, o la identidad como fenómeno global en las sociedades contemporáneas.. En antropología social. No. 12, Enero - Diciembre 2010, págs. 151 – 195.

GÓMEZ, Lucia, (2003), Procesos de subjetivación y movimiento feminista. Una aproximación política al análisis psicosocial de la identidad contemporánea. Valencia.

GREENE, E. (1996), Sappho, Foucault and women's erotics, Arethusa.

GROS, F., (2002), Foucault: El coraje de la verdad. Paris, PUF.

GUTIÉRREZ DE TORANZO, Martha, (2010), "Construcción de presupuestos con equidad de género" En: T'inkazos. La paz-Bolivia. No 28, 2010, pp. 65-77.

GUZMÁN, Virginia, (1997), La equidad de género como tema de debate y de políticas públicas. En Feminismo en transición. Transición con feminismo, Memoria del Foro Internacional sobre ciudadanía, Género y Reforma del Estado, México, Grupo de Educación Popular con Mujeres, A. C.

HALL, Stuart; GAY, Paul du. (1996), Cuestiones de identidad cultural. Amorrortu editores. Buenos Aires.

HARDING, S, (1993), A instabilidade das categorias analíticas na teoria feminista. Estudos Feministas, 1 (1), 7-32.

HEKMAN, Susan J., (2004), Feminist identity politics: Transforming the political. In Dianna Taylor & Karen Vintges (Eds.). Feminism and the final Foucault (pp. 197-213), Chicago, University of Illinois Press.

HERNÁNDEZ GARCÍA, Yuliuva, (2006), "Acerca del género como categoría analítica," Nómadas. Universidad de oriente. Cuba; Vol. (13). Enero 2006.

IBÁÑEZ, Tomas, (2001), *Municiones para disidentes. Realidad-verdad-política*, Barcelona, Gedisa.

JOFRE, Jose Luis. (2004), *Todas las otredades la otredad. En fundamentos en humanidades* universidad nacional de san Luis. Año 5. Núm. 2. Argentina.

LAZZARATO, Maurizio, (2002), *Del biopoder a la biopolítica*, Nova y Vetera (Santafe de Bogotá), No. 48, Jul.-Sep., pp. 53-63.

LE GATES, Marlene,(2006), *Making Waves: A History of Feminism in Western Society*.

LÓPEZ ÁLVAREZ, Pablo; MUÑOZ, Jacobo, (2000), *La impaciencia de la libertad. Michel Foucault y lo político*, Madrid, Biblioteca Nueva.

MARTINEZ RODRIGUEZ, rebeca, (2011), *La construcción del otro a partir de estereotipos y la reproducción de los prejuicios a través del lenguaje y del discurso de las elites*. En: F. J. García Castaño y N. Kressova. pág. Granada. 2011. Pág. 2253-2261.

MCNAY, Lois, (2000), *Gender and agency: Reconfiguring the subject in feminist and social theory*. Malden, Mass: PolityPress.

-----, (1992), *Foucault and feminism: Power, gender and the self* (1st ed.). Cambridge: PolityPress.

MOREY, Miguel, (1990), *Introducción al método*. En: FOUCAULT, Michel, 1990, *Tecnologías del Yo y otros textos afines*, España, Paidós.

MUNÉVAR, Dora; VILLASEÑOR, Marta, (2005),“transversalidad de género. Una estrategia para el uso político-educativo de sus saberes.” En: *La ventana*. No 21. 2005. Pág. 44 - 68

NARDI, Henrique Caetano; NARVAZ, Martha, (2007), *Problematizações feministas à obra de Michel Foucault*, *Revista Mal-estar e Subjetividade – Vol. VII – Nº 1 – Fortaleza – mar/2007 – p. 45-70*.

NICHOLSON, Linda, (1990), *Feminism/postmodernism*, London, Routledge.

NIETZSCHE, F., (1998), *Genealogía de la moral: Una polémica*. São Paulo, Compañía de las Letras.

NOCETI, Beatriz y otros.(1997), *Porque lo privado no se hace público?: investigación participativa con mujeres de sectores populares urbanos y rurales desde un enfoque de género*. 1ª edición. Buenos aires.

ORTEGA, Carmen,(2002), *Miradas de género de Woolf a Haraway*.

PERROT, Michèle, (1997), De Mme. Jourdain à HerculineBarbin: Michel Foucault etl'histoire des femmes. In Dominique Franche, Sabine Prokhoris& Yves Roussel (Eds.).Au risque de Michel Foucault (pp. 95-108), Paris, Éditions du Centre Pompidou.

PRECIADO, Beatriz,(2011), Manifiesto contrasexual. Editorial anagrama. Barcelona.

REVEL, Judith,(2009), Diccionario Foucault- primera edición. Ediciones nueva visión. Buenos aires: nueva visión.

RICHLIN, A., (1991), Zeus and Metis: Foucault, feminism and classics, Helios.

RIVERA, Eduardo,(2011), Foucault: Su influencia en la investigación en contabilidad y gestión. Construcción de un mapa del enfoque Foucoultiano. En: revistaUniversitatAutónoma de Barcelona.

RODRÍGUEZ MAGDA, Rosa María, (1999), Foucault y la genealogía de los sexos, Barcelona, Anthropos.

ROSO, A.; PARKER, R., (2002), Sicología y construcción social de la sexualidad:una revisión de los conceptos de poder en los escritos de Foucault, Weeks e Rubin. Revista Psico, 33 (2), 327-342.

SCOTT, Joam W., (1995), Género: Umacategoria útil de análise histórica. Educação e Realidade, Género e Educação.

-----, (1986), Gender: a useful category of historical analysis. The American Historical Review, Chicago, v. 91, n. 5, p. 1053-1075, dec.

STREY, M. N. (1998). Género. In M. G. C. Jacques, M. N. Strey, N. G. Bernardes, P. Guareschi, S. A. Carlos & T. G. Fonseca

VEGA-ROBLES, Isabel, (2007), Relaciones de equidad entre hombres y mujeres, Análisis crítico del entorno familiar. Instituto de Investigaciones Psicológicas Universidad de Costa Rica, Actualidades en Psicología, N° 21.

VILLA ECHEVERRI, Cristina. Cardona Gómez, Ginna Esmeralda. (2010), Estudio de la política pública de equidad de género para las mujeres en el departamento de Antioquia 2003 2009 desde un enfoque secuencial del análisis de políticas públicas. Tesis ciencia política universidad de Antioquia. Medellín.

YOUNG, Iris Marion. (1996), Vida política y diferencia de grupo: una crítica del ideal de ciudadanía universal. En Perspectivas feministas en teoría política. Paidós 1 edición. España.

Internet

Aguilera, Samara De las Heras. Una aproximación a las teorías feministas. En: dialnet.unirioja.es/servlet/articulo. Consultado marzo 2013.

Arendt, Hanna. "Esfera Pública y Esfera Privada". En: <http://elbuho.aafi.es/buho8/DELARUBIA.pdf>. Consultado noviembre 13 de 2012.

Ávila, Francisco. El concepto de poder en Michael Foucault en Revista de filosofía. 2007. Núm. 53. En www.angelfire.com/planet/walda/docs/momentosfeministas.pdf. Consultado el 20 de julio de 2012

Biswas, Andrea. La tercera ola feminista: cuando la diversidad, las particularidades y las diferencias son lo que cuenta. En www.difusioncultural.uam.mx/revista/sep2004/biswas.pdf. Consultado el 30 de julio de 2012

Caporale, Silvia. Foucault y el feminismo: ¿un encuentro imposible? En dialnet.unirioja.es/descarga/articulo. Consultado junio 25 de 2013.

DE MIGUEL, Ana: "Los Feminismos". En universitas.idhbc.es/n09/09-05.pdf. Consultado junio 21 de 2013.

Foucault, Michael. El sujeto y el poder. En www.hojaderuta.org/imagenes/foucault.pdf. Consultado el 19 de julio de 2012.

Grant, Judith, *Fundamental Feminism: Contesting the Core Concepts of Feministtheories*. New York: Routledge, 1993.

MacciseDuayhe, Mónica. La cuestión de la subjetividad en las teorías políticas feministas contemporáneas. En: http://www.equidad.scjn.gob.mx/img/pdf/viii-la_cuestion_de_la_subjetividad_en_las_teorias_politicas_feministas_contemporanea_s-1.pdf

Ortega graciano, Carmen. Miradas de género de Woolf a Haraway. 2002. En www.hermeneia.net/treballs_pdf/e1/carme_ortega/cortega_treb.pdf. Consultado agosto 3 de 2012

Pinterics, Natasha. Riding the feminist Waves in with the third. En pi.library.yorku.ca/ojs/index.php/cws/article/. Consultado julio 15 de 2013.

Pinto, Wilbert A. historia del feminismo. En www.cirsociales.uady.mx/revUADY/pdf/225/ru2254.pdf. Consultado junio 14 de 2013.

Rago, Margaret. Foucault, la Subjetividad y las Heterotopías Feministas. En historiacultural.mpbnet.com.br/.../margareth/RAGO. Consultado julio 8 de 2013.

Reverter Bañol, Sonia. Los retos del feminismo institucional. 2011. En <http://repositori.uji.es/xmlui/bitstream/handle/10234/37860/51982.pdf?sequence=1> consultado diciembre 17 de 2012

Salas, María. Una mirada sobre los sucesivos feminismos. En www.nodo50.org/mujeresred/feminismo-maria_salas.html. Consultado julio 29 de 2013

Zerilli, Linda M. que tienen en común feminismo y libertad. En <http://www.debatefeminista.com/PDF/Articulos/quetie90.pdf>. Consultado enero 10 de 2013